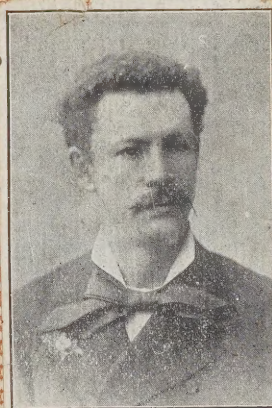
HOMENAJE

DEL

M. I. CONCEJO MUNICIPAL DE AMBATO

A



Juan Montalvo

EN EL XCVI ANIVERSARIO DE SU NACIMIENTO



A JUAN MONTALVO

LA MUNICIPALIDAD DE AMBATO EN EL XCVI ANIVERSARIO DE SU NACIMIENTO

ABRIL XIII DE MCMXXVI

EDICION ENCOMENDADA A LA SOCIEDAD «AMIGOS DE MONTALVO»

QUITO
IMPRENTA NACIONAL
1926

Sociedad "Amigos de Montalvo"

Alemán Hugo
Alvarez Francisco
Alvarez Ricardo
Aráuz Julio
Arias Augusto
Bustamante Guillermo
Carrera Andrade César
Carrera Andrade Jorge
Endara Julio
Escudero Gonzalo
Fierro Humberto
Hubner Bezanilla Jorge
Martínez Alfredo
Montalvo Antonio
Moncayo Hugo
Muñoz Juan Pablo
Pallares Zaldumbide Hernán
Pozo Olmedo del
Reyes Jorge
Zambrano Miguel Angel

HOMENAJE A

JUAN MONTALVO

con motivo de la apoteosis

dedicada a su memoria

en la ciudad de París, en 1925

El Concejo Municipal de Ambato,

Considerando:

Que los honores tributados en París a la memoria del ilustre ecuatoriano don Juan Montalvo constituyen un timbre de gloria para la Patria del eximio escritor e integérrimo repúblico, cuya obra inmortal, rica de las mejores excelencias del ingenio humano está magnificada por una vida sin mácula, de perfecta armonía entre el pensamiento y la acción, y consagrada siempre, con férrea voluntad, a los más puros y altos ideales;

Que es noble estímulo para vivificar el anhelo espiritual de las generaciones el homenaje de los pueblos cultos a los varones esclarecidos que, con singulares dones de inteligencia y carácter, llenaron de luz los ilimitados horizontes de la justicia y la libertad, y abrieron, con sus enseñanzas y su ejemplo, amplios derroteros para las conquistas de la civilización;

Que a la Municipalidad de la Ciudad en que nació Montalvo le liga más imperiosamente el deber honrosísimo de conservar frescos los laureles dedicados en la gran metrópoli latina, por encumbrados exponentes intelectuales de la raza, al ilustre hijo del Ecuador y de la América Hispana,

ACUERDA:

1º Publicar un libro que contenga cuanto se relacione con el homenaje tributado en París a la memoria del Cosmopolita,

2º Encomendar la edición de ese libro a la acertada dirección de la «Sociedad Amigos de Montalvo», establecida en la Capital de la República.

Dado en el Salón de Sesiones del I. Concejo Cantonal, en Ambato, a 8 de Marzo de 1926.

El Presidente,
A. Enrique Sánchez

El Vicepresidente,
Alfredo Coloma

Los Concejales: **M. A. Chiriboga, Alfonso R. Troya, Rafael M. Darquea, Angel S. Albán, Fausto Bucheli N., Florencio Tinajero, P. Sevilla**

El Secretario,
J. A. Andrade



MAESTRO: He aquí un friso más en el monumento de tu gloria. De todos los homenajes, acaso este habrías preferido porque viene de la inmortal Lutecia, de la dulce Francia, cuyo cielo cobijó tus sueños de belleza, tu desolación de exilado, tus despojos mortales.

RODÓ, con fraternas manos consagradas, desde el límite de esta América, levantó con el sonoro mármol de la lengua, la columna de tu gloria. En sus flancos, todos han puesto una ofrenda, y hoy, como para afirmar tu nombre de Cosmopolita, en París, altísimas personalidades representativas te evocan, señalan al mundo tu postrer morada y recuerdan tu lejana tierra. Por boca de un exilado, hermano tuyo de lucha y rebeldía, habla la raza; por medio de uno de sus representantes, la ciudad de París declara que está orgullosa de dar abrigo a la placa que perpetuará tu nombre entre los inmortales; y los cien diarios de la prensa latina recogen y propagan en las ciudades lejanas los ecos gloriosos. Hélos aquí, Maestro. Devotamente te los ofrecen quienes, bajo tu sombra, quieren vivir como tu enseñaste, en el puro amor de la belleza y en plenitud de espíritu.

AMIGOS DE MONTALVO

Apoteosis de Montalvo

"EL COMITE"



S. E. D. Gonzalo Zaldumbide



M. Jean Richepin



Don Miguel de Unamuno

EL COMITE

A iniciativa de nuestro Ministro en Francia, Sr. Dn. Gonzalo Zaldumbide, se formó en París, el 17 de Junio del año pasado, un Comité con el objeto de colocar una lápida conmemorativa en la casa en que murió don Juan Montalvo.

El Comité quedó formado por las relevantes personalidades cuyos retratos ilustran estas páginas. La selecta composición del Comité era, pues, prenda segura del buen éxito de la ceremonia: Richepin, altísimo exponente de cultura, respetado por el pueblo francés y admirado por los otros; Unamuno, al presente con mayor gloria que antes, símbolo de la hidalguía y la firmeza de la raza; el Marqués de Peralta, amigo de Montalvo y Decano del Cuerpo Diplomático Sudamericano en París; Martinenche, Profesor de Castellano en la Sorbona; Waleffe, Secretario de la Asociación de la Prensa Latina; Miomandre, Traductor de las obras del Maestro; y Dupuy, Diputado.

Este proyecto fue acogido con generoso entusiasmo por la prensa y el público en general, merced al alto puesto conquistado por Montalvo en el mundo de

habla hispana y a la admiración que por él han llegado a sentir algunos hispanisantes franceses, gracias también a las relaciones que ha adquirido nuestro Ministro en París con la sociedad, la prensa y los escritores de la gran ciudad. Y así, el pueblo francés, que tiene tantos hombres y cosas propias en que ocuparse, que absorbe en sí mismo su atención, en esta vez quiso prestarla a un literato hispano-americano que había encontrado refugio bajo el cielo fraternal de París y forjado su espíritu al contacto de sus maestros.

El París-Times comentó así la formación del Comité:

Una placa conmemorativa de Juan Montalvo

MERCED AL CELO DEL SEÑOR MINISTRO DEL ECUADOR, ESTA CONMEMORACIÓN PERPETUARÁ ENTRE NOSOTROS LA MEMORIA DEL GRAN ESCRITOR ECUATORIANO

Gracias al culto del señor Gonzalo Zaldumbide, Ministro de la República del Ecuador, por el célebre escritor ecuatoriano Juan Montalvo, la memoria de éste será en breve perpetuada entre nosotros, con la colocación de una placa conmemorativa en la casa en que murió el famoso polemista, en París, 26, Rue Cardinet.

El anuncio de esta manifestación a la memoria del autor de las *Catilinarias*, ha sido muy bien acogido en las colonias hispano americanas, y nosotros hemos escuchado, en los medios literarios americano-latinos, numerosos ecos favorables, a propósito de la colocación de dicha placa.

"EL COMITE"



M. Contenot



M. Maurice de Waleffe



El Marqués de Peralta



Prof. Ernest Martinenche

La Vida del Escritor

Exceptuando los círculos literarios hispano-americanos, el público francés ignora en general, o ha olvidado ya, la personalidad de Juan Montalvo. La América española le considera, sin embargo, casi unánimemente, como el más grande escritor americano latino. Y por esta razón, hemos creído útil, ahora que se ha resuelto perpetuar la memoria de Montalvo, decir algunas palabras sobre el gran exilado, que la Francia acogiera, sobre el hombre de letras de bello talento, sobre el polemista sincero y ardoroso a quien París brindó su hospitalidad durante largos años, y al que Lamartine, su hermano mayor como poeta y político, le tendió la mano y ofreció su amistad.

Por otra parte, cuando la ceremonia que nos ocupa se haya realizado, ya habrán aparecido algunos estudios que pondrán al publico, cuidadoso de la evolución de la fraternidad latina, al corriente de la vida y la obra del escritor ecuatoriano.

Juan Montalvo nació en Ambato (Ecuador) en 1832. Vino a Francia por primera vez en el año de 1862 y permaneció al rededor de dos años. En 1864 emprendió un largo viaje por España e Italia, y fue entonces cuando Montalvo, poderoso observador, tomó las notas que debían inspirarle su primera obra.

Hombre político violento, pero de una profunda sinceridad, entusiasta y convencido, Juan Montalvo, durante toda la primera parte de su vida, luchó con ardor por el triunfo en su país de las ideas liberales, Desgraciadamente, las tendencias políticas del Ecuador no concordaban con sus puntos de vista: lejos de aprobar ideas tan avanzadas como las suyas, su Gobierno empezó a mirarle con malos ojos y a considerarle como peligroso.

Perdidas sus ilusiones, decaídas sus esperanzas y ambiciones, despechado y disgustado de ver que la lucha encarnizada que sostuviera, no daba los resultados previstos, Juan Montalvo, presintiendo el resultado fatal de este combate, no esperó que se tomara una resolución intempestiva contra su persona, y poco tiempo después de regresar de Europa, dejó de nuevo y definitivamente su ingrata patria.

El Exilio

Montalvo se refugió en Francia y se instaló en París, a fines de 1868. No vino, pues, como se ha pretendido, desterrado. Fue él mismo quien se impuso un exilio voluntario, consecuente con sus ideas y sus convicciones, y no quiso regresar a su Patria, antes de que esas ideas, por las cuales había luchado tan ardientemente, hubieran triunfado. Por desgracia, la muerte debía sorprenderle sin que viera realizados sus sueños.

Cuando el escritor volvió a Francia, se encontró nuevamente con Lamartine, su amigo, hombre de letras y hombre político como él, a quien había conocido en su primer viaje y con quien había ligado una estrecha amistad. El destino quiso, sin embargo, que esta amistad naciera cuando Lamartine declinaba ya en su brillante carrera, y cuando el escritor ecuatoriano vió por segunda vez al poeta francés, no fue sino por poco tiempo. Algunos meses más tarde, Lamartine moría dejando a Montalvo abandonado a su propia suerte.

Don Juan vivió en Francia durante veinte años. Aquí se encontraba cuando estalló la guerra de 1870, y no dejó pasar esta oportunidad, para expresar su admiración por la causa francesa.

Su Obra

Juan Montalvo empleó los largos años de su destierro en arreglar y terminar las obras que tenía en preparación. Su primer libro *El Cosmopolita,* es fruto de sus impresiones de viaje por España e Italia; el autor hace también alusión a sus primeras luchas políticas. Esta obra fue editada el año pasado, por el prolijo editor Garnier, y con un largo prefacio del Sr. Gonzalo Zaldumbide, en el que el Ministro del Ecuador describe, minuciosamente, la primera visita del escritor a Lamartine y las relaciones que guardaron. También nos cuenta los primeros rasgos de la vida y de la obra de Montalvo.

La producción más clásica y la más conocida, y en la que el autor hace gala de literato y de ensayista, con exclusión de toda política, es *Los Siete Tratados*, editada también por la casa Garnier.

Obra curiosa y saliente de Montalvo es el ensayo de imitación a *Don Quijote*, que lleva por título: *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes.* El Sr. Gonzalo Zaldumbide ha escrito para este ensayo una nota explicativa.

Pero la obra maestra del escritor es, a no dudarlo, *Las Catilinarias*, serie de doce panfletos, en los cuales el autor se muestra como un magnífico polemista, que puede ser comparado con Henri Rochefort. El gran escritor español Unamuno acaba de escribir un prólogo a *Las Catilinarias*, en el que la fuerza y la grandeza de alma del polemista son admirablemente valorizadas.

Todas estas obras han sido editadas en español por la casa Garnier, que proyecta publicar las obras completas de Montalvo. Mientras tanto, nos dará en breve una colección de páginas escogidas, traducidas al francés, con un prefacio del Sr. Gonzalo Zaldumbide.

Juan Montalvo es reconocido unánimemente como el mejor prosista de la América Latina: su estilo original remonta por su pureza a las fuentes del lenguaje, siendo autoridad en materia lingüística, aun en España.

El escritor ecuatoriano murió en Enero de 1889, en aquella casa de la calle Cardinet, en la que, después de poco, será colocada la placa conmemorativa. La inscripción no ha sido todavía redactada, pero nos anticipamos a felicitar al Ministro del Ecuador, por corresponderle la iniciativa de esta manifestación, que será aplaudida por todos los americanos del Sur que se interesan por la literatura latina.



Su Excelencia, GONZALO ZALDUMBIDE pronuncia su discurso

Pero debiendo ser por fuerza de las más breves esta pequeña ceremonia de inauguración, debo limitarme, exclusivamente, a agradecer los preciosos concursos que han apoyado nuestra modesta iniciativa. Debo agradecer, sobre todo, a la Ciudad de París, aquí representada, que ha tenido a bien aceptar y autorizar el homenaje de este recuerdo.

La ausencia del señor Jean Richepin nos priva de su palabra ferviente y generosa. Mas, vamos a tener el placer de escuchar al señor Martinenche, cuya elocuencia inteligente y fina tan oportunamente sirve a la ciencia.

Este brillante profesor de lengua y literatura españolas en la Sorbona puede confirmar cuán justa es la frase que, en esta placa conmemorativa, califica a Montalvo de maestro insigne de la prosa castellana.

Don Miguel de Unamuno honrará enseguida la memoria de uno de sus pares en el culto de la lengua. El autor de esa famosa **Vida de Don Quijote y Sancho** ha comprendido, mejor que otro alguno, el idealismo impenitente de Montalvo que gustaba decir: "El que no tiene, en su vida, algo de Don Quijote, no merece ni la estima ni el aprecio de sus semejantes". Y todos sabemos que, al escuchar a Unamuno, vamos a oir una de las más conmovedoras y profundas voces de España.

Debo también agradecer, particularmente, de sus recuerdos personales, a nuestro querido y venerado decano, el marqués de Peralta. En su juventud conoció a Montalvo de cerca. Su cordial adhesión al Comité es un testimonio de que, según lo afirmó Montalvo, el hombre es digno del escritor.

Y quiero agradecer, en fin, al señor Pierre Dupuy, Diputado de París; a Francis de Miomandre, traductor de las más hermosas páginas de nuestro gran clásico, amigo exquisito de nuestras letras y de nuestras costumbres; y al señor de Waleffe, brillante periodista que, fiel a su labor latina, sabrá reconocer en la obra y el nombre que esta placa evocan, uno de los símbolos tutelares de la Unión que es preciso fortificar como prenda segura del porvenir común.

Señores, mi lejano país no es de los más grandes de nuestra inmensa América; pero ha tenido a menudo el privilegio de producir hombres cuyo espíritu ha traspasado nuestras



Dn. Miguel de Unamuno honra la memoria del "Maestro"

fronteras. Montalvo es, de entre éllos, uno de los más grandes. Para mostrarlo en su gloria continental, no me toca sino repetir las palabras de un maestro irrefutable. Al terminar el más bello estudio sobre Montalvo, dice Rodó:

"La posteridad, llamada a consagrar los laureles de este primer siglo de vida independiente, dirá que, entre los guías de América, pocos hubo tan grandes como este hijo de una pequeña ciudad de los Andes ecuatorianos".

De Dn. Miguel de Unamuno

"Señores: Aquí, en esta casa, lejos de las altas montañas volcánicas donde se forjaron sus huesos —los de su cuerpo y los de su alma— terminó su vida, pobre, solo y proscrito, aproximadamente a los cincuenta y seis años, Juan Montalvo. La tierra francesa, dulce, muelle, húmeda, envolvió su cuerpo y su espíritu como un sudario, impregnada en la majestad de la lengua española, la lengua de Don Quijote. Gustó del exilio, la soledad y la pobreza, y con éstos engendró, en el dolor, obras inmortales.

....

Su muerte encontró aquí una patria y la patria de la inmortalidad en todos los espíritus de lengua española, en la humanidad civilizada. El Ecuador de hoy día, "libre, instruído y digno", que recoge sus restos, rinde este homenaje inmortal al que fue llamado loco y antipatriota.

Loco, como Jesús fue llamado por los suyos, por su familia. Como Jesús, según el cuarto Evangelio, fue crucificado como antipatriota. Loco igualmente, como Don Quijote, al que se le acusó de las desgracias de su patria. Y como éllos murió Montalvo, cristiano quijotesco, pobre, solo y proscrito.

Pobreza, soledad, proscripción!..... No debo hablar de esto! El tiempo apremia, y la ocasión, el lugar y el estado de mi espíritu pueden ahogar mi voz en los sollozos.

Adiós pues! A Dios que guarda eternamente en la historia —la cual es su pensamiento— a los profetas, y a los apóstoles de la cristiandad, y a los tiranos, artesanos de bestialidad, que saca de la sombra de éstos la luz de aquellos; adiós a Montalvo que vive inmortal en nuestra lengua".

Del Profesor Sr. E. Martinenche

"Cuando después de su primer viaje a Europa, Juan Montalvo regresó a su país, no podía respirar libremente más que en la soledad campestre, en donde, por la lectura y la meditación, nutría su talento y su odio por el despotismo. Vuelve algunas veces a Quito y no deja entonces de asistir entre día, a las reuniones del poeta-filósofo Julio Zaldumbide, y de ir, con este incomparable amigo, a despertar armoniosos ecos sobre las verdes colinas que rodean la Capital del Ecuador.

Otro Zaldumbide nos reúne hoy día para celebrar su memoria! Don Gonzalo, que no ha heredado la amargura un poco sombría de Don Julio, pero que también es un literato delicado y un amigo exquisito, tan exquisito que os quiere persuadir que recibe un gran servicio cuando os ofrece un honor inmerecido.

Si quisiera rendir a Montalvo un homenaje digno de él, me contentaría con traducir y leeros el admirable prefacio que el señor Ministro del Ecuador ha puesto a la colección de artículos publicados por su compatriota con este significativo título: **"El Cosmopolita"**. Pero, por grande que sea un muerto, los reglamentos de Policía no dejan interrumpir por mucho tiempo la circulación de la muchedumbre, y no es, por lo demás, en la calle donde se puede saborear la prosa de un artista.

El lugar no es el más apropiado para extenderse en consideraciones ó reflexiones sobre la obra de un polemista que supo unir a la fuerza del ideal la gracia elocuente de la expresión, que partió del romanticismo para volverse un clásico y que supo, a la vez, agregar capítulos nuevos a **Don Quijote** y a la biblioteca universal de los grandes defensores de la civilización. Se le conoce, sobre todo, como el adversario de ese García Moreno que, en un mundo nuevo, quiso revivir la figura de un Felipe II y los procedimientos de la Inquisición. Pero este enemigo del clericalismo tenía el alma cristiana; este satírico poderoso sabía predicar la virtud. No aceptó la violencia en ningún campo y su verbo no fue menos tremendo contra lo que llamaba "la peor de las revoluciones" que contra "la dictadura perpetua".



El Profesor MARTINENCHE pronuncia su discurso

No podemos poner de relieve, en este momento, más que algunas razones que justifican la feliz iniciativa del señor Ministro Zaldumbide. No es por un motivo baladí que la Francia reivindica la memoria de Montalvo. Estudió en París largas temporadas. Vino a los 25 años, como adjunto a la Legación de su patria. Comenzó desconfiando de la seducción de la gran ciudad y no parecía gustar plenamente más que del encanto melancólico de un Luxemburgo, entonces menos invadido. Pero cuando, un poco más tarde, desde los decorados sublimes de su patria, evocaba recuerdos de sus viajes a través de Europa, olvidó que había preferido los viejos jardines de Agripina a las mascaradas de la Opera, y nuestro país se le aparecía con los rasgos más llenos de gracia. Y prestábale una extraña virtud de regeneración. Para el tirano que osaba inflingir a un general el suplicio infamante del látigo, no sueña en otro castigo que una corrección moral: quisiera exilarle "al país de la hospitalidad, al país del espíritu, a Francia".

Es que, ante todo, la Francia es para él el suelo de Lamartine que adora y de Víctor Hugo que venera. Cuando conoce a Lamartine, tiembla ante la perspectiva de que se embargara, para pagar las deudas del poeta, la casa de Milly que todavía no era de dominio nacional, y el joven ecuatoriano soñaba en arrebatar al magnífico viejo, en una navegación digna de las antiguas mitologías, hacia Chimborazos menos altos que su genio y hacia esos lagos de Imbabura cuyas ondas se estremecían en espera del cantor de Bourget.

El poeta de **Raisons du Momotombo** no se mostró menos conmovido por aquella carta en que le hace escuchar los bramidos de otro volcán, el Cotacachi y saluda a Montalvo con aquellas palabras que le resumen y definen: "Vous étes un noble esprit".

Sí, era un noble espíritu. Su excepticismo no ahogaba su fe. Era de una raza en que las contradicciones pueden unirse sin esfuerzo. Creía en la razón, esperaba en la democracia, y sabía aplicar las más bellas ideas latinas a las necesidades de su Continente. Se consideraba ciudadano del mundo y fue un apóstol del americanismo. La influencia francesa se ejerció en él en su verdadero sentido, como una fuerza libertadora.

Cuando regresó a París en 1882, fue para no dejarlo ya. En la casa donde colocamos esta placa, vivía solo y no recibía sino a algunos amigos. Se alegraba de la caída de la dictadura en el Ecuador, pero no intentó regresar a él. Nos hizo la gracia de querer morir entre nosotros. Y muere con la elegancia suprema de un huésped que quiere irse discreta pero bellamente. Un día de Enero del año 1889, sintiendo venir la muerte, se levanta para recibirla y pide flores para expirar.

Aquel año debía celebrarse el centenario de un acontecimiento que le era caro, pues jamás había desesperado de la república y de la libertad. Nosotros, desde luego, asociaremos su nombre a ese acontecimiento, como un símbolo de la fraternidad de nuestras democracias.

Luego de estos discursos, tomaron la palabra el Sr. Maurice de Waleffe, que se unía al homenaje a Montalvo en nombre de los cien periódicos del mundo latino, agrupados en la Oficina Permanente de la Prensa Latina, de la que es su infatigable Secretario General, y el Sr. Contenot, Secretario del H. Concejo Municipal de París, oficialmente delegado por esta Asamblea para llevar a la memoria del gran hispano-americano, del gran amigo de la Francia, el saludo de la ciudad de París.



M. de Waleffe, Excmo. Ministro del Perú, Excmo. Ministro del Ecuador, Unamuno y el Marqués de Peralta en el momento en que M. Contenot, Secretario del H. Concejo Municipal de París, toma la palabra en el homenaje a Dn. JUAN

Ecos de la Prensa

EN HONOR DEL ESCRITOR ECUATORIANO

DON JUAN MONTALVO

Del "PETIT JOURNAL"—30 de Junio de 1925.

El gran escritor ecuatoriano Dn. Juan Montalvo fue honrado ayer en París, donde vivió proscrito y donde murió en 1889. Ayer, como tributo a su memoria, fue colocada una placa conmemorativa en la casa No. 26 de la calle Cardinet.

Primeramente, el Excmo. Sr. Gonzalo Zaldumbide, Ministro del Ecuador, hizo uso de la palabra para agradecer a los miembros del Comité, cuyo organizador había sido él mismo; el Sr. Martinenche, profesor de la Sorbona, trazó la obra del difunto escritor tan profundamente marcado por la influencia de Francia "El País de Lamartine al que adora, y de Víctor Hugo a quien venera".

Después, Dn. Miguel de Unamuno, antiguo Rector de la Universidad de Salamanca, proscrito como su favorito, y como él, uno de los maestros de la lengua castellana, rindió un vibrante homenaje al polemista y escritor de las Catilinarias, de los Siete Tratados, y de los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. En fin, el Sr. Contenot, Secretario del Concejo Municipal y Dn. Mauricio de Waleffe, rindieron a la memoria del extinto el tributo de admiración de la ciudad de París y de los cien diarios que reúne la Prensa Latina.

Terminó esta bella fiesta de amistad latina una reunión en casa del Excmo. Sr. Gonzalo Zaldumbide, a la que asistieron numerosas personalidades de las colonias Sud-Americanas y de la sociedad parisiense.

DON JUAN MONTALVO

De "EXCELSOR"—3 de Julio de 1925.

El lunes 29 de Junio una parte numerosa de la Colonia Hispano-Americana se reunió para colocar una placa conmemorativa sobre la casa No. 26 de la calle Cardinet, donde murió en Enero de 1889 Dn. Juan Montalvo, uno de los más grandes escritores de la América del Sud, sobre la que, otro gran pensador y escritor, José Enrique Rodó, publicó un juicio definitivo.

Esta placa fue ofrecida a la ciudad de París por nuestro eminente colaborador y amigo Dn. Gonzalo Zaldumbide, Ministro del Ecuador en Francia y también crítico de su ilustre compatriota.

Tomaron, asimismo, la palabra, los señores Martinenche, profesor de la Sorbona y el periodista francés Mauricio de Walleffe.

Terminada la ceremonia, su promotor, Sr. Gonzalo Zaldumbide, ofreció, en su casa, a los invitados un té muy brillante.

A LA MEMORIA DE JUAN MONTALVO

UNA PLACA CONMEMORATIVA FUE INAUGURADA AYER EN LA CASA EN QUE MURIÓ EL GRAN ESCRITOR ECUATORIANO

De THE PARIS TIMES, 30 de Junio de 1925.

En la tarde del día domingo se inauguró una placa conmerativa a la memoria del gran escritor ecuatoriano Juan Montalvo, muerto en el destierro, en París, 26 Calle Cardinet, el año 1889 Esta manifestación ha sido organizada por un comité compuesto, entre otras notabilidades, por el señor Gonzalo Zaldumbide, Ministro del Ecuador; el Marqués de Peralta, Ministro de Costa-Rica y decano del Cuerpo Diplomático Sud-americano; de los señores Miguel de Unamuno, Jean Richepin, de la Academia Francesa; Martinenche, profesor de la Sorbona; Pedro Dupuy, diputado de París; Mauricio de Waleffe, secretario general de la prensa latina; y Francis de Miomandre, traductor de las obras del escritor, a quien «París Times» consagró un artículo recientemente.

Montalvo, poco conocido por el público francés, es uno de los más notables escritores de la América Latina y unánimemente reconocido como un maestro de la lengua castellana, comparable, como estilista y polemista, a Paul Louis Courrier.

Nació Montalvo en Ambato, ciudad del Ecuador, y vino a Francia a la edad de 26 años, ligándose en estrecha amistad a Lamartine, como consecuencia de una carta, en que proponía al poeta anciano y abandonado, buscara un refugio en las jóvenes Repúblicas sud-americanas.

De vuelta al Ecuador, se irguió como adversario del tirano García Moreno, quien le desterró a Colombia. Pudo regresar a su patria después de la muerte del Dictador, pero partió de nuevo a Francia, prefiriendo imponerse un destierro voluntario, antes de renegar de sus ideas y convicciones.

Se conoce a Montalvo particularmente por sus *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, célebre parodia de Don Quijote, en la que supo asimilar a maravilla el espíritu del inmortal español y el sabor de su lengua; obra que le valió el sobrenombre de «Cervantes de la América latina»; sus *Siete Tratados* son famosos ensayos a la manera de Montaigne. En fin, Montalvo reunió las más inflamadas de sus admirables polémicas en las *Catilinarias*, para las que, Miguel de Unamuno, acaba de escribir el prefacio.

El señor Gonzalo Zaldumbide

La obra y la personalidad del escritor, fueron evocadas, consecutivamente, primero, por el señor Gonzalo Zaldumbide, quien después de agradecer a las personalidades que habían expresado su adhesión al Comité, concluyó su elocuente alocución en estos términos:

«Señores: mi lejano país no es de los más grandes de nuestra inmensa América; pero ha tenido a menudo, el privilegio de producir hombres cuyo espíritu ha traspasado nuestras fronteras.

«Montalvo es uno de los más grandes, pero, no me cabe aquí, para mostrarle en su gloria continental, más que repetir las palabras de un maestro irrefutable. Al terminar el más hermoso estudio sobre Montalvo, Rodó dice:

«La posteridad, llamada a consagrar los lauros de este primer siglo, dirá que, entre los guías de América, hay pocos que sean tan grandes, como ese hijo de una pequeña ciudad de los Andes Ecuatorianos».

El señor Martinenche

En seguida correspondió el turno de hablar al señor Martinenche. ¿Y quién más calificado para analizar la influencia francesa en la obra de Montalvo, que el brillante profesor de lengua y literatura españolas en la Sorbona?

«Cuando después de su primer viaje a Europa, Juan Montalvo regresó a su país, no pudo respirar libremente más que en la soledad campestre, donde por la lectura y la meditación, nutría su talento y su odio por el despotismo. Vuelve algunas veces a Quito y no deja entonces de asistir por la tarde a las reuniones del poeta filósofo Julio Zaldumbide, y de ir, con este incomparable amigo, a despertar harmoniosos ecos sobre las verdes colinas que rodean la capital del Ecuador.

«Otro Zaldumbide nos reune hoy para celebrar su memoria. Don Gonzalo, que no tiene la amargura un poco sombría de don Julio, pero que también es un hombre de letras tan delicado como él, y un amigo tan exquisito, que quiere persuadiros de que le hacéis un gran servicio cuando él os ofrece un honor inmerecido.

«Ud. es un noble espíritu había dicho al joven poeta, el cantor de Bourget.

«Sí, era un noble espíritu—continuó el Sr. Martinenche—. Su ecepticismo no ahogaba su fe. Era de una raza en la que las contradicciones pueden unirse sin esfuerzo. Creía en la razón, esperaba en la democracia y sabía aplicar las más bellas ideas latinas a las necesidades de su continente. Quiso ser ciudadano del mundo y fue un apóstol del americanismo. La influencia francesa se ejerció en él en su verdadero sentido, como una fuerza de liberación.

«Cuando regresó a París en 1882, fue para ya no dejarlo. En la casa en que hoy colocamos esta placa, vivió solo y no recibió sino a algunos amigos. Se regocijó de la caída de la dictadura en el Ecuador, pero ya no pretendió regresar: nos hizo la merced de querer morir entre nosotros. Y murió con la distinción suprema de un huésped que quiere irse discreta pero bellamente. Un día de Enero del año 1889, sintiendo venir la muerte, se prepara con elegancia para recibirla y pide flores para expirar.

«Aquel año debía celebrarse el centenario de un acontecimiento que le era caro, puesto que jamás había desesperado

de la República y de la libertad. En adelante, nosotros, asociaremos su nombre a ese acontecimiento como un símbolo glorioso de la fraternidad de nuestras democracias».

Don Miguel de Unamuno

Después de los aplausos con que se saludaron estas vibrantes palabras, don Miguel de Unamuno, el venerable rector de la Universidad de Salamanca, proscrito como Montalvo, y como él, uno de los maestros indiscutibles de la lengua y del espíritu español, señaló la reparación que constituía esta piadosa ceremonia a la memoria del exilado:

«El Ecuador de hoy, «libre, instruído y digno», que recogió sus restos, rinde este homenaje inmortal al que fue llamado loco y antipatriota.

«Loco, como Jesús fue llamado por los suyos, por su familia. Jesús que, según el cuarto evangelio, fue crucificado como antipatriota. Loco igualmente como Don Quijote, a quien se acusó de las desgracias de su patria. Y como ellos murió Montalvo, cristiano, quijotesco, pobre, solo y proscrito.

«¡Pobreza, soledad, proscripción! ¡No debo hablar de esto! El tiempo apremia, y la ocasión, el lugar, y el estado de mi espíritu, pueden ahogar mi voz en los sollozos.

«¡Adiós, pues.... A Dios que guarda eternamente en la historia — que es su pensamiento — a los profetas y a los apóstoles de la cristiandad, lo mismo que a los tiranos, artesanos de bestialidad, y que saca de la sombra de éstos, la luz de aquellos.... Adiós a Montalvo que vive inmortal en nuestra lengua».

El Sr. Contenot, Secretario del Concejo Municipal, trajo a su vez, a la memoria del escritor, el gratísimo homenaje de la Ciudad de París, «que considera como uno de sus más preciados privilegios, el de proporcionar, en cierto modo, una segunda patria a todos los hombres, amantes de un alto ideal y de la cultura humana».

«Nuestra ciudad—añadió en seguida— guardará a Juan Montalvo un recuerdo de agradecimiento por la ardiente y fiel afección que demostró por ella, y vigilará piadiosamente su memoria, como la de uno de los más insignes promotores de la cultura latina y occidental, y de la amistad de nuestras dos patrias».

Y estas alocusiones, emocionantes por diversos títulos y, además, tan profundamente sinceras, terminaron con algunas palabras del Sr. Mauricio de Waleffe, pronunciadas a nombre de la Prensa Latina y de los cien periódicos de Francia y de América, a los que representa.

Una muy elegante recepción en casa del Sr. Zaldumbide, a la cual asistieron la *élite* de las colonias sud-americanas y numerosas personalidades parisienses, dió fin a esta hermosa fiesta de amistad latina.

HOMENAJE A MONTALVO

De la "REVUE DE L'AMERIQUE LATINE"

La inauguración de la placa conmemorativa, colocada en la casa donde murió el gran escritor ecuatoriano Juan Montalvo, fue de una emocionante sencillez.

Una muchedumbre selecta, en la que se reconocía a todos los representantes diplomáticos de la América Latina en París y las más eminentes personalidades de las Colonias, escucharon los elocuentes y bellos discursos de Su Excelencia el Sr. Gonzalo Zaldumbide, Ministro del Ecuador y promotor de esta piadosa manifestación, del Sr. Martinenche, nuestro Director, Miguel de Unamuno, Mauricio de Waleffe y Contenot, especialmente delegado por la ciudad de París a la ceremonia.

Después de este acto, el Sr. Zaldumbide ofreció un magnífico té en la Legación. Durante tres horas, cientos de personas, entre las que se encontraba la **élite** de la sociedad francesa y latino-americana en París, desfilaron en los salones de la Legación. Fue una fiesta elegantísima.

ECUADOR

De LE GAULOIS, 30 de Junio de 1925.

Ayer, a las 4 de la tarde, delante de la casa que lleva el número 26, en la calle Cardinet, una emocionante ceremonia reunió a las altas personalidades más en boga entre los ameri-

canos-latinos, y a numerosos franceses, grandes admiradores de Juan Montalvo, el mejor de los escritores hispano-americanos que vivió en Francia y murió en esa casa.

Nacido en Ambato (Ecuador) en 1832, Montalvo vino a París a la edad de 26 años, y llegó a ofrecer a Lamartine el refugio de la cálida hospitalidad sud-americana, lo que contribuyó para que naciera entre ambos una amistad que sólo fue rota por la muerte del poeta.

Por iniciativa de un comité fundado por el Sr. Gonzalo Zaldumbide, Ministro del Ecuador, y del que formaron parte, el Marqués de Peralta, Ministro de Costa-Rica y decano del Cuerpo Diplomático Sud-americano; de los señores Miguel de Unamuno; Jean Richepin, de la Academia Francesa; Martinenche, profesor de la Sorbona; Pierre Dupuy, diputado de París; Mauricio de Waleffe, secretario general de la Prensa Latina y Francis de Miomandre, traductor de las más hermosas páginas de Montalvo. La placa antedicha, fue colocada en las condiciones que acabamos de referir.

El Ministro del Ecuador, Sr. Zaldumbide, después el Sr. Contenot, representante del Concejo Municipal, el profesor Martinenche, el ex-Rector de Salamanca, Sr. de Unamuno y el Sr. de Waleffe hablaron, sucesivamente, de la obra del gran escritor, dirigiendo a su memoria un vibrante homenaje.

Pudimos reconocer en esta ceremonia, a las siguientes personas: Sr. de la Barra, ex-Presidente de Méjico; Sr. de Souza Dantas, Embajador del Brasil; Marqués de Peralta, Ministro de Costa-Rica; Sr. Alvarez de Toledo, Ministro de la Argentina; Sr. Dorn y de Alsúa, ex-Ministro del Ecuador en Francia; Sr. Ed. Clavery, Ministro de Francia en Quito y con licencia en París; Sr. Cornejo, Ministro del Perú; Sr. Reyes, Ministro de Méjico; Sr. Arciniegas, Ministro de Colombia; Sr. Lardizabal, ex-Encargado de Negocios de Guatemala; Sr. Garzón, Sr. Duliguier, Adjunto al Protocolo; el Cónsul General de la Argentina, Oliviero; Dr. Luis Lara Pardo; Sr. Lesca; Sr. Homán Christo; Sr. Juan Otero; Sr. Luis Forest; Sr. Fourcadet; Sr. Max Daireaux, etc.

EN MEMORIA DE JUAN MONTALVO

De "LE FIGARO"—30 de Junio de 1925.

Para honrar la memoria de Juan Montalvo, escritor ecuatoriano, muerto en el destierro, en París, en 1889, el Sr. Gon-

zalo Zaldumbide, Ministro del Ecuador, constituyó un Comité, entre cuyos miembros se destacan los señores Dn. Miguel de Unamuno, Jean Richepin, de la Academia Francesa, Martinenche, profesor de la Sorbona, Pierre Dupuy, diputado por París, Maurice de Waleffe, Secretario General de la Prensa Latina, Francis de Miomandre, traductor de las obras del escritor ecuatoriano, y el Marqués de Peralta, Ministro de Costa Rica y Decano del Cuerpo Diplomático suramericano.

Una placa conmemorativa fue inaugurada ayer tarde, a las 4, en la casa No. 26 de la calle Cardinet, en donde murió el desterrado.

De "THE NEW YORK HERALD"—30 de Junio de 1925.

Ayer, a las 4, fue inaugurada, en el No. 26 de la calle Cardinet, una placa dedicada a la memoria del gran escritor Juan Montalvo.

Después de la ceremonia, el Sr. Zaldumbide, Ministro del Ecuador, ofreció en su casa un muy brillante té.

LA MEMORIA DE UN GRAN ESCRITOR LATINO

CELEBRADA EN PARIS

De L'OEUVRE, 30 de Junio de 1925.

Ayer por la tarde se inauguró una placa conmemorativa a la memoria del gran escritor ecuatoriano Juan Montalvo, muerto en el destierro, en París (1889) en la calle Cardinet. Esta manifestación es obra de un Comité compuesto por el Sr. Gonzalo Zaldumbide, Ministro del Ecuador, por el Marqués de Peralta, Ministro de Costa-Rica y Decano del Cuerpo Diplomático Sud-americano; por los señores, Miguel de Unamuno, Jean Richepin, de la Academia Francesa; Martinenche, profesor de la Sorbona; Pierre Dupuy, Diputado por París; Mauricio de Waleffe, Secretario General de la Prensa Latina y Francis de Miomandre, traductor de las obras del escritor.

EN HONOR DE JUAN MONTALVO, ENSAYISTA Y POLEMISTA ECUATORIANO, QUE MURIO DESTERRADO EN PARIS

De "LE MATIN"—Junio 29 de 1925.

Merced a la iniciativa del Sr. Gonzalo Zaldumbide, Ministro del Ecuador en París, un comité, formado de, entre otras personalidades, por los señores Jean Richepin, de la Academia francesa, Marqués de Peralta, Ministro de Costa Rica y Decano del Cuerpo Diplomático Suramericano; Pierre Dupuy, Diputado por París, etc., inaugurará esta tarde, en el No. 26 de la calle Cardinet, una placa colocada en la casa que ocupó durante veinte años, y en donde murió en 1889, el célebre ensayista y polemista ecuatoriano, Juan Montalvo. Terminada la ceremonia en honor del autor de las "Catilinarias", de los "Siete Tratados" y de los "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes", que prefirió el destierro a la abdicación de sus ideas liberales, el Ministro del Ecuador ofrecerá una recepción en su casa.

A LA MEMORIA DE UN GRAN ESCRITOR LATINO

De LE PEUPLE, 30 de Junio de 1925.

Ayer por la tarde, fue inaugurada una placa conmemorativa a la memoria del gran escritor ecuatoriano Juan Montalvo, muerto en el destierro en París, calle Cardinet. Esta manifestación había sido organizada por un Comité compuesto por los señores Gonzalo Zaldumbide, Ministro del Ecuador; Marqués de Peralta, Ministro de Costa-Rica y Decano del Cuerpo Diplomático Sud-americano; Miguel de Unamuno, Jean Richepin, de la Academia Francesa; Martinenche, profesor de la Sorbona; Pierre Dupuy, Diputado de París; Mauricio de Waleffe, Secretario General de la Prensa Latina y Francis de Miomandre, traductor de las obras del escritor.

Montalvo, poco conocido del público francés, es uno de

los más notables escritores de la América Latina, y unánimemente reconocido como uno de los maestros de la lengua castellana, comparable como estilista y como polemista a Paul-Louis Courrier.

Nacido en 1832, en Ambato (Ecuador), Montalvo vino a Francia a la edad de 26 años y estableció lazos de estrecha amistad con Lamartine, como resultado de una carta que le escribiera al poeta anciano, insinuándole que buscara un refugio en las jóvenes Repúblicas Sud-americanas.

Llegado que hubo al Ecuador, se irguió como adversario del tirano García Moreno, que le desterró a Colombia; regresó a su patria a la muerte del Dictador, pero volvió a salir con dirección a Francia, prefiriendo imponerse un destierro voluntario antes que renegar de sus ideas y convicciones.

Montalvo es particularmente conocido por sus **Capítulos que se le olvidaron a Cervantes,** célebre imitación de **Don Quijote,** en la cual supo asimilar el alma del inmortal español y el sabor de su lengua, tan bien, que esa obra le valió el sobrenombre de "Cervantes de la América Latina"; sus **Siete Tratados,** son curiosísimos ensayos al modo de Montaigne; en fin, el escritor reunió las más inflamadas de sus admirables polémicas en las **Catilinarias,** para las que, Miguel de Unamuno, acaba de escribir un prefacio.

Fue don Miguel de Unamuno, el antiguo rector de la Universidad de Salamanca, quien, después de algunas palabras del Sr. Gonzalo Zaldumbide y del representante del Concejo Municipal, encargado de agradecer al Comité en nombre de la ciudad de París, rememoró la obra de Montalvo, y le rindió un homenaje, al cual se asoció el Sr. Martinenche, que es uno de los hispanizantes franceses, para quien no tiene secretos la literatura de la América Latina.

Una recepción en casa del Sr. Zaldumbide, a la cual asistió la **élite** de las colonias sud-americanas y numerosas personalidades parisienses, dió fin a esta bella fiesta de amistad latina.

A LA MEMORIA DE UN ESCRITOR LATINO

De "LE DEBAT"—30 de Junio de 1925.

Tal como lo habíamos anunciado inauguróse ayer tarde una placa conmemorativa en memoria de un gran escritor ecua-

toriano, Dn. Juan Montalvo, muerto en París en 1889, en la calle Cardinet.

Montalvo, poco conocido del pueblo francés, es uno de los más notables escritores de la América Latina y es reconocido unánimemente como maestro de la lengua castellana. Es comparable, como estilista y polemista, a Paul-Louis Courier. Nacido en 1832 en Ambato, (Ecuador), Montalvo vino a Francia de 26 años de edad y contrajo lazos de amistad con Lamartine. En una carta suya proponía al poeta caduco y abandonado que buscase un refugio en las jóvenes repúblicas Sud-Americanas.

Es particularmente conocido, por sus Capítulos que se le olvidaron a Cervantes, célebre parodia de Don Quijote. Sus Siete Tratados son notables ensayos como los de Montaigne. En fin, reunió lo más inflamado de sus admirables polémicas en las Catilinarias que Dn. Miguel de Unamuno acaba de prologarlas.

Después de algunas palabras pronunciadas por el Excmo. Sr. Gonzalo Zaldumbide, y del representante del Concejo Municipal, el antiguo decano de la Universidad de Salamanca, agradeció al Comité a nombre de la Ciudad, hizo alusión a la obra de Montalvo y le tributó un homenaje al que se asoció el Sr. Martinenche, uno de los hispanistas franceses, para quien nada hay oculto en la Literatura de la América Latina.

Terminó esta hermosa fiesta de amistad latina con una recepción en la casa del Excmo. Sr. Gonzalo Zaldumbide, a la que asistió la élite de las Colonias Sud-Americanas y numerosas personalidades parisienses.

EN MEMORIA DE UN GRAN ESCRITOR LATINO

De "LE PETIT PARISIEN"—30 de Junio de 1925.

Una emocionante ceremonia de amistad latina se llevó a cabo ayer por la tarde, en la calle Cardinet, en la que se colocó una lápida conmemorativa en la casa que habitara el gran escritor ecuatoriano, Juan Montalvo, y en donde murió en 1889, tras largos años de destierro.

Toca la iniciativa de esta ceremonia al Sr. Dn. Gonzalo Zaldumbide, Ministro del Ecuador en París, quien constituyó un comité en el que se reunieron los nombres del Marqués de Peralta, Ministro de Costa Rica y Decano del Cuerpo Diplomático Suramericano; de Dn. Miguel de Unamuno; de los señores Jean Richepin, Pierre Dupuy, diputados por París; Martinenche, profesor de la Sorbona, etc.

El Sr. Zaldumbide tomó la palabra para agradecer a los miembros del Comité; luego el Sr. Martinenche evocó la obra del admirable polemista, maestro en el habla castellana, en su lucha contra el Dictador García Moreno. El antiguo Rector de la Universidad de Salamanca, Sr. Unamuno, venido, él también a París en busca del refugio del pensamiento libre, se asoció, con palabras vibrantes, a este homenaje.

UNA CEREMONIA FRANCO—LATINA

De "JOURNAL", 1o. de Julio de 1925.

La brillante Colonia Sud-Americana se reunió ayer para colocar una placa conmemorativa en la casa No. 26 de la calle Cardinet, donde murió en Enero de 1889 uno de los maestros de la literatura española del último siglo, al que justamente se le puede llamar el continuador de Don Quijote, Juan Montalvo.

Montalvo, nacido en la lejana y pequeña república del Ecuador, diplomado, desde que desterrado por el terrible dictador católico, García Moreno, inauguró estas peregrinaciones que vienen de todos los puntos del globo hacia París, como hacia la Meca los espíritus libres y los grandes corazones, adelantándose a su tiempo. Amigo de Lamartine, había ofrecido, en su juventud, al poeta viejo y decadente un refugio en América. · Lo que fue para él, que, herido finalmente por la suerte vino a pedir a Francia una tumba. Su gloria, desde su muerte, no ha cesado de crecer en las letras españolas.

El Ministro del Ecuador en París, Excmo. Sr. Gonzalo Zaldumbide, también él, escritor ilustre, tomó la palabra para ofrecer esta placa a la ciudad de París. El Sr. Contenot, Secretario del Concejo Municipal, le agradeció. En nombre de las letras españolas los profesores Martinenche y Unamuno, y en nombre de la Prensa Latina, Dn. Mauricio de Waleffe, dijeron en francés y español el raro mérito de Montalvo. Y todos los Ministros y Jefes de Misión Sud-Americanos, a cuya cabeza estaba el Excmo. Sr. Ministro de la Argentina y el Embajador del Brasil, asistieron a esta brilante ceremonia franco-americana.

DON JUAN MONTALVO

AU JOUR LE JOUR

El día lunes 29 de Junio, una parte numerosa de la colonia hispano-americana se reunió para colocar una placa conmemorativa en la casa número 26 de la calle Cardinet, en la cual murió, en Enero de 1889, don Juan Montalvo, uno de los más grandes escritores de la América del Sur, acerca del cual publicó un juicio definitivo, otro gran pensador y escritor, José Enrique Rodó.

Esta placa fue ofrecida a la ciudad de París, por nuestro eminente colaborador y amigo, el Sr. Gonzalo Zaldumbide, Ministro del Ecuador en Francia y crítico al mismo tiempo de su ilustre compatriota.

Tomaron también la palabra el Sr. Martinenche, profesor de la Sorbona y el periodista francés Mauricio de Waleffe.

Una vez terminada la ceremonia, el Sr. Zaldumbide ofreció a los invitados un brillantísimo té.

EN HONOR DE LA MEMORIA DE JUAN MONTALVO

De "THE CHICAGO TRIBUNE"—30 de Junio de 1925.

Ayer, en la casa No. 26 de la Rue Cardinet, se inauguró una placa conmemorativa, en honor del célebre escritor ecuatoriano, Juan Montalvo, que murió, desterrado, en París, en 1889.

Estuvieron presentes al acto varias personalidades prominentes de la Colonia Sud-Americana. Entre los oradores, citaremos al Sr. Gonzalo Zaldumbide, Ministro del Ecuador y al Sr. Miguel de Unamuno.

El Sr. Zaldumbide habló el primero, para agradecer a los miembros del Comité por su ayuda. Enseguida el Sr. Martinenche, Profesor de la Sorbona, relató la obra del escritor, en la que Francia, "patria de Lamartine' a quien adoraba y de Víctor Hugo, a quien veneraba" tuvo tanta influencia.

Después de la ceremonia se celebró, en casa del Sr. Zaldumbide, una recepción, en la que estuvieron presentes brillantes personalidades de las sociedades parisiense y Sud-Americana.

Montalvo y la Crítica

MONTALVO

Fragmento del "Ensayo" de José Enrique Rodó, traducido al francés por

(1) **Marius André y publicado en la "Revue de l'Amérique Latine"**

Pasando la raya de Colombia, en lo más alto de una de las mesas que forman, de ambos lados de aquella abrupta frontera, las cumbres andinas, se asienta el pueblo de Ipiales, donde Montalvo halló por siete años su refugio: lugar de hermosas vistas, aunque harto castigado del frío de la altura para embozo del alma de un desterrado.

Allí llegó sin libros, allí permaneció sin tenerlos. Y a pesar de ello, este de su destierro aldeano es el tiempo en que produjo más y más para su gloria; por lo cual viene aquí la ocasión de hablar del Montalvo literario. Su vida exterior, contenida casi en el cerco de su huertecillo, no tuvo episodios de mayor entidad que tal cual reyerta con algún vecino impertinente, o algún clérigo zafio y rapaz, de esos que fueron eterno blanco de su pluma. En cambio, su imaginación hirvió en soñados lances, en enjambres de ideas, en juegos y músicas de forma.

Hay algo de representativo del destino entero de Montalvo, hay como una imagen abultada de la total desventura de su vida, en esto de la producción de lo mejor y más altamente literario de su obra, en la soledad de un villorrio. Entendedlo bien: no en la soledad del desierto, que es alta y soberana emancipación, amor con la libre inmensidad, por donde vagan los divinos alientos que pueblan la naturaleza de sátiros y ninfas; sino en la soledad del villorrio, ruin y mengua-

da, donde no tienen su habitación ni el caballero ni el bárbaro, sinó el palurdo; donde los gallos cantan para que amanezca la murmuración, y el sol se pone para que élla atisbe más a cubierto; en la soledad del villorrio, sin trato de semejantes y sin libros!.... Esto lo encarece él en su decir vehemente y gracioso: "¡Sin libros, señores, sin libros! Si tenéis entrañas, derretíos en lágrimas". Obra de escritor como la suya, tan necesitada, por su índole y carácter, de la diaria ablución libresca y del fácil manejo de esos instrumentos de medida y rectificación que traen los libros en sí, tuvo que contentarse, para empresa de tal dificultad como la parodia del **Quijote,** con la biblioteca ideal que su memoria y su imaginación reflejaban sobre las desnudas paredes de una casa de aldea.

Pero, aún en la ciudad o cerca de ella, y con la compañía de sus libros, grandes hubieron de ser los obstáculos que puso ante la precaria armazón de cultura de su pueblo. El nos refiere el heroísmo que era necesario desplegar para valerse de la imprenta: sólo a dura costa, y con ayuda de amigos, pudo dar a luz las entregas de **El Cosmopolita**. Y todo esto es, en su pasión, la parte menor y más liviana, porque queda el aislamiento y abandono espiritual, que es lo verdaderamente doloroso; queda el calvario de la incomprensión común: desde la que se eriza con las púas de la inquina a la superioridad, pasión de democracias chicas, hasta la que se encoge de hombros con un zafio menosprecio de toda labor desinteresada de estilo y de investigación, y la que, dentro mismo de estas actividades, ensordece a lo nuevo y personal, o afecta comprender y no comprende....; quedan, en fin, aquellos resabios de la aldea, por los cuales, para las altas cosas del espíritu, toda esta América Española ha sido, en escala mayor, **soledad de villorrio**, como la del rincón aquel donde Montalvo compuso la más difícil de sus obras, sin trato con semejantes y sin libros!..... Bien se siente el resuello de esta herida cruel en la admirable introducción a los **Capítulos que se le olvidaron a Cervantes**. Y apenas hay alto ingenio americano que no haya expresado alguna vez parecido sentimiento, o no lo deje percibir en una callada vibración de sus escritos. El fundamento real de estos agravios de los superiores es de extensión universal y humana; radica en el primitivo barro de Adán; pero ellos recrudecen en las sociedades de América por lo mal asentado y desigual de su civilización, donde, mientras las

excepciones personales en ingenio y saber, con las necesidades y los apetitos que uno y otro determinan, pueden subir tan alto como en los grandes centros de cultura, las condiciones de atención y correspondencia sociales quedan muy inferiores, centuplicándose así la desproporción entre el elegido y el vulgo. De aquí el desasosiego de la inadaptación, y cierto impulso de nostalgia, muy común en los hispano-americanos de vocación literaria y artística, por aquella patria de nuestro abolengo y nuestro espíritu que la civilización europea extiende del otro lado del mar. Expatriarse, como siempre lo anheló Montalvo, suele ser entonces justa y fatal gravitación; pero expatriarse, como él, con el pensamiento y la memoria dando cara a la tierra, más dulce cuando más lejana, y con el sueño de la vuelta, presidiendo a los anhelos de asimilación y de cultura que un día traerán cómo pagar a la patria natural el precio de la ausencia. Quedar así, en espíritu, o quedar de hecho, es, indistintamente, mantener la vinculación obligatoria y fecunda con la obra común de los hermanos; y sólo han sido grandes, en América, los que han alcanzado a mantenerla, y en la proporción en que la han mantenido. Sólo han sido grandes, en América, aquellos que han desenvuelto, por la palabra o por la acción, un sentimiento americano. Nadie puede cooperar eficazmente al orden del mundo sino aceptando con resolución estoica, aún más: con alegría de ánimo, el puesto que la consigna de Dios le ha señalado en sus milicias al fijarle una patria donde nacer y un espacio del tiempo para realizar su vida y su obra. La incapacidad de adaptarse sólo es condición de progreso, en la evolución social como en la orgánica, si se resuelve en energía de reacción, que acomoda a las necesidades de la propia superioridad el ambiente mortal a los inadaptados, cuando inferiores o débiles.

* * *

La integridad de la conciencia americana; la integridad que comprende el sentimiento profético de la cabal grandeza de nuestros destinos, y por tanto, de la cabal grandeza de nuestro pasado, está presente en su obra, y ella le mueve, en uno de los Siete Tratados, a aquella gallarda afirmación de la superioridad de Bolívar sobre Bonaparte, afirmación que

hubo de espantar en su tiempo a la gente discreta y partidaria del apocamiento común, y que aún la asombrará hoy mismo, aunque por ventura no tanto.—¿Quién ha consagrado acentos de más honda piedad a la suerte de las domadas razas indígenas?.... Y en cuanto a la originalidad de la naturaleza, también supo sentirla y fijarla a menudo. Nada más propio para oído por la montaña que la voz con que imprecó a la majestad del Pichincha, de modo tal que imaginamos que aún está retumbando en los contornos del gigante. Nada más penetrado de aroma de la tierra y de divina humildad que aquel su elogio del maíz, el trigo del pobre, el acumulador de la energía que ha de desatarse por los brazos del indio labrador, cuando, encorvado sobre el suelo hecho del polvo de los suyos, trueca su dulce paciencia en oro del amo.... Cada vez que esta nota de americanismo, en el sentimiento o el color, se levanta a presidir la armonía de una prosa tan clásica, tan limpia, tan de la antigua hechura, comparece en mi memoria la impresión de aquellos **Comentarios reales,** donde un mestizo que unió a la doble nobleza de la calidad el privilegio del estilo, dejó expresados, en la más pura lengua del conquistador y en la más rica y gallarda prosa de su tiempo, sabrosísimos candores del alma americana, que semejan allí las huellas de la sangre del indio en el lustre de una hoja de Toledo.

Los **Siete Tratados,** que no publicó hasta diez años más tarde en Europa, fueron escritos, o por lo menos bosquejados, durante el año 1872, en aquel retiro de Ipiales. La literatura de Montalvo está allí en su más característica y remontada expresión. Titúlanse esas disertaciones: **De la Nobleza, De la Belleza en el género humano, Réplica a un sofista pseudocatólico, Del Genio, Los Héroes de la emancipación sudamericana, Los Banquetes de los filósofos** y **El Buscapié,** trabajo éste que reprodujo, como estudio preliminar, en los **Capítulos que se le olvidaron a Cervantes.**

El ensayo al gusto de Montaigne, desordenado y libre de todo plan metódico, extrema en manos de Montalvo su curso voluntarioso y errabundo. El tema que se anuncia en el título persiste apenas como el hilo tenue y velado por la fronda, que enlaza, al rededor de su eje imperceptible, las vueltas caprichosas de la enredadera. Desde que se ha doblado la primera hoja, se echa de ver que el tema es lo accesorio para el ensayista, y lo principal el alarde continuo y centelleante de

ingenio, de lectura y de estilo. Cuando le sale al paso una idea accidental, jamás la aparta, ni la reprime, ni la urge, sino que se le entrega del todo y la sigue mientras ella da pábulo a la fantasía, o mientras no acude una idea nueva a torcer otra y otra vez su camino, como en esas carreras anhelantes y sin rumbo, que, en los cuentos de hadas, tienen por guía el vuelo de un pájaro maravilloso o el rodar de una piedra animada de una magia interior. Si se intenta reducirlo a substancia y a orden dialéctico, el pensamiento fundamental comparece, flaco y escaso, de entre el follaje de las digresiones. Sirva de ejemplo el tratado sobre la **Nobleza**. Allí, de una disertación acerca del origen del hombre se pasa a discretear sobre las diferencias de razas y de clases, y de esto a describir la naturaleza del polo, y la del trópico, y la aurora boreal; y luego a encarecer los extremos de que es capaz el amor a la ciencia, y en la siguiente página a pintar un insecto primoroso, y de esta pintura a las enaguas que usaba Clitemnestra; para volver después al tema original, que no tarda en desviarse hasta dar término el ensayo con un comentario de los crímenes de los comuneros de París.... En la entonación de estos tratados no hay más unidad que en el asunto. Ya se mantiene en el carácter de la exposición didáctica; ya se allana a la forma del cuadro de costumbres o de la sátira ligera; ya se remonta al lirismo de la imprecación, del ditirambo o de la elegía.

De Montaigne toma, además, el egotismo, la preocupación constante del "yo", no tanto por estímulos de investigación psicológica, ni por conflictos y tormentos que pasen en su alma, sino como tema de ameno divagar, que tiene más de inocente complacencia de amor propio que de la pasión austera del psicólogo empeñado en mirar al fondo de su herida, o en subyugar a la Esfinge del conocimiento interior. Pero aquí las semejanzas concluyen, porque, como carácter de estilo, la espontaneidad natural y suelta de Montaigne es el término opuesto a la artificiosidad preciosa de Montalvo; y como carácter moral, la indolencia contemplativa del bordalés en nada se parece a la disposición militante y quijotesca con que nuestro americano asiste al espectáculo del mundo. Montaigne es prototipo de escépticos; y de este rasgo esencial, que es la raíz de sus superioridades, viene también aquella limitación de su naturaleza, que Saint-Beuve definía: "la ausencia de locura santa y del fuego del sacrificio generoso".

En Montalvo no falta nunca este fermento: antes rebosa y se derrama, como la más activa esencia de su espíritu. Montalvo, aunque razonador y malicioso, tiene sumergido el pecho en el mundo de los Amadises y Esplandianes.

La singularidad y excelencia de la forma es principalísima parte en la literatura de Montalvo. Tuvo, en esto, por ideal la vuelta a los típicos moldes de la lengua, en sus tiempos de más color y carácter y de más triunfal y gloriosa plenitud. Quiso escribir como lo haría un contemporáneo de Cervantes y Quevedo que profetizase sobre las ideas y los usos de nuestra civilización, y lo cumplió de modo que pasma y embelesa. El fabuloso caudal de vocablos, giros y modos de decir, que rescató de la condena del tiempo, infunde en cada página suya un peculiar interés de sorpresa y deleite. Nunca se trajo a luz, de las arcas del idioma, tanta deliciosa antigualla; tanta hoja de hierro tomada de orín, tanto paramento de seda, tanta alhaja pomposa y maciza, tanta moneda desgastada, de ésas donde agoniza en oro un busto de rey y se esfuma, en truncos caracteres, una leyenda ilustre. Aquella prosa semeja un museo; y tiene del museo hasta la profusión que desorienta a la curiosidad y que, dejándola suspensa a cada instante de lo menudo y primoroso, la impide el paso desenvuelto con qué guiarse a donde está lo principal.

La ciencia vasta y prolija, el sentimiento profundo del idioma, que semejante evocación supone, son verdaderamente incomparables. La obra de rehabilitación de las buenas y sabrosas tradiciones de la sintaxis y el léxico, realizada en lengua española por Montalvo, no representa mérito inferior a la que, en lengua francesa, llevó a cabo, algo anteriormente, Pablo Luis Courier, abriendo paso en las lánguidas formas prosaicas de su tiempo al habla rancia y generosa desenterrada de los frescos sótanos de Montaigne y de Amyot. Como el traductor de **Dafnis y Cloe**, a quien, por otra parte, le vincula la común potestad del dardo satírico, Montalvo fue artífice original con piedras de las ruinas, innovador con aliento de antigüedad. La literatura castellana no ofrece, en el siglo XIX, otra tentativa de restauración arcaica comparable a la suya, por lo viva y orientada en sentido de arte, y no de solaz gramatical o académico, que la de las **Escenas** de Estébanez Calderón. Pero el costumbrista andaluz, a pesar de su opulencia de color y su caudal de lengua inexhausta y gallardísima, queda como escritor de mucho menos quilates

que Montalvo. Faltan en su pintoresco artificio aquella grande alma, aquel arranque hacia arriba, aquel verbo ferviente, que magnifican y realzan el prodigio de forma de nuestro ecuatoriano. Lo que es curiosa habilidad en Estébanez, es en Montalvo manía genial; la prosa de las **Escenas andaluzas** equivale a deleitable exposición de cuadros de género; a multiforme y soberbia galería la de los **Siete Tratados**.

La lengua de Castilla se mira en el estilo de Montalvo como la madre amorosa en el hijo de sus entrañas. Nunca hubo gusto literario de más neto solar español, por lo que tiene y por lo que le falta, que el suyo. Llevó a su realización más definida y concreta las virtualidades y disposiciones características del instrumento verbal de la raza, que componen lo que llamamos el **genio** del idioma; sacando todo el partido posible de sus mayores ventajas y excelencias, sin evitar ninguno de los escollos a que por espontánea propensión se tuerce su curso, ni tender a suplir ninguna de las deficiencias que, en determinados casos, limitan sus medios de expresión: de modo que aquella prosa acrisolada y magnífica, es, para el genio del idioma, como una lente de aumento, al través de la cual se viese abultado su relieve, engrosado su tejido, puestas en claro sus desproporciones, o como una artificiosa alquitara, de donde surtiera, en espeso jugo costosísimo, su más concentrada quintaesencia. Allí comparecen, y se desenvuelven hasta sus extremos, la firmeza de la línea, la energía del color, la elocuencia ardiente y pomposa, el elegante discreteo, el castizo donaire; y junto a estas riquezas de la herencia común, manejadas habilísimamente, ningún esfuerzo dirigido a probar la eficacia de la lengua para triunfos ajenos a su tradición: nada por aligerarla y afinarla; nada por infundirla el sentido de lo vago, de lo soñado, de lo íntimo; nada por ensanchar la aureola o penumbra de sugestión que envuelve el núcleo luminoso de la palabra y la prolonga en efectos de música; nada, en fin, por poner en manos del idioma la varita mágica con que se penetra al mundo de las cosas aéreas y flotantes que hoy apetecemos más allá de la plena determinación de la forma y de la idea.

Por sus más señalados caracteres, la prosa de Montalvo, expresión violenta de un ideal de restauración en el habla literaria y de la personal genialidad de un escritor, es mucho más admirable en su singularidad que como norma y tipo adecuado para propagarse. Vulgar y torpe error es entender

que todo lo que en arte se hace de nuevo, va dirigido a solicitar la imitación, o siquiera la prevée y la supone; cuando el propósito de que se le imite es de los que no conoció nunca la conciencia del artista verdadero y cabal, y se puede afirmar, sin sombra de paradoja, que lo más digno de ser admirado es lo menos capaz de ser imitado. Aquella prosa ha de juzgarse como una bella forma extinguida. En la relación estética, su singularidad es privilegio; porque esa manera de decir, que no podría generalizarse para la comunicación actual de las ideas, gana con ello aquel encendimiento de beldad que se da en las cosas emancipadas del uso, cuando originariamente contuvieron una centella hermosa: como los soberbios templos que se arruinan, las lindas armas con que ya no se combate, y la buena prosa de los libros añejos donde ya no se busca la verdad. Y sin embargo de lo dicho, aunque la obra de restauración arcaica que emprendió Montalvo sea, en su conjunto, singular e incomunicable, ¡cuánto que aprovechar en ella; cuánto que mantener y restituir al comercio del habla, en ese vasto tesoro levantado del fondo del tiempo, como del fondo del mar los despojos de un galeón de Indias! A vuelta de prolijidades nada más que curiosas y modos de decir de un sello exclusivamente personal, ¡cuánto hallazgo de valor objetivo; cuánto eficaz conjuro y oportunísima rehabilitación, que nos punzan con el sentimiento de las infinitas cosas expresivas y bellas que el idioma no debió dejar perderse en el proceso de una renovación mal vigilada, la cual no alcanzó nunca a compensar, con lo que granjeó de nuevo, la merma del rico patrimonio!.... Por eso, el arcaísmo de Montalvo puede considerarse, en muchos de sus elementos, obra viva; antecedente capaz de felices sugestiones, para el intento, en que ahora estamos empeñados, de devolver a la prosa castellana color, resalte y melodía, y de henchirla de sangre y encordarla de nervios, consumando una reacción que ni los románticos ni los realistas de la anterior centuria llegaron más que a demediar, en la sintaxis y en el léxico.

***

¿Fue pensador Montalvo? Para llenar cabalmente el concepto faltóle, sin duda, no sólo la superior serenidad que pone su atalaya por encima del tumulto y clamor de las pasio-

nes, sino también la condición, más esencial, de interesarse en las ideas por sí mismas, y no principalmente como tema oratorio o como arena de una justa: faltóle aquel pertinaz afán con que se entra por las reconditeces de una idea, hasta iluminar lo más entrañado y secreto, con que se la apura y exprime hasta verla soltar su más espesa substancia. Pero no sería lícito concluir de aquí que toda la obra de Montalvo sea la maravilla plástica y formal de su prosa. ¿Qué hay, entonces, en Montalvo, además del incomparable prosista? Hay el esgrimidor de ideas: hay aquella suerte de pensador fragmentario y militante, a que aplicamos el nombre de **luchador**. Y encarado bajo esta faz, el valor ideológico de su obra iguala, o se aproxima, al que ella tiene en la relación de puro arte.

No se representa bien a Montalvo quien no le imagine en la actitud de pelear, y siempre por causa generosa y flaca. Alma quijotesca, si las hubo; alma traspasada por la devoradora vocación de enderezar entuertos, desfacer agravios y limpiar el mundo de malandrines y follones. Tocando a esta condición, ponemos la mano en el fondo del carácter; en el rasgo maestro y significativo, que, concertándose con aquel otro, no menos esencial, de la pasión del decir hermoso y pulcro, diseñan, como el perfil de una medalla, el relieve de la personalidad. Jactábase él mismo, alguna vez, del poder, con que había sido dotado, "de castigar, ya que no de corregir, a los perversos". Túvolo, en verdad; y fue su numen de los que, de tiempo en tiempo, envía a la tierra la Némesis de las medidas inviolables, para ejercer, en la conciencia de los hombres, la jurisdicción de la vindicta. No eran el blanco de su preferencia las culpas contra que basta sonreir; ni el procedimiento de su gusto, la intención que se emboza en los pliegues del acento irónico. Descubierto el jayán, pillado el belitre, arremetía de frente y buscando el centro del pecho, y no había caso en que menos fallara aquella portentosa ciencia del idioma que tratándose de encontrar el vocablo que exprimiera, con más neta precisión, el grado de la infamia o la especie de la villanía. Aun cuando diserta de arte, de ciencia o de literatura; aun cuando más absorto parece en la labor de ataujía de su estilo, suele suceder que la asociación de las ideas le trae de pronto la ocasión de señalar a un bellaco o de sacar a la vergüenza alguna injusticia clamorosa; y entonces, de entre los medidos escarceos de aquella prosa gallarda, brota, sin hurtarle el primor, el golpe instantáneo e infalible, co-

mo del cincelado puñal de Benvenuto el relámpago portador de la muerte.... Mal hice si lo comparé con el artífice-**bravo**; fuera menester buscar el nombre del artífice-paladín; pero quede la comparación hasta donde signifique el parecido consorcio de una acometividad de primitivo con el más puro y religioso instinto de arte. Y como la difusión y perennidad de lo que el arte unge con su luz aseguran la difusión y perennidad del castigo para el malvado a quien se condena a inmortal crucifixión en la cruz de la palabra bella, Montalvo, el artista y el honrado, levanta en los puntos de la pluma a su vecino el traficante, el cortesano o el difamador, y con su propio nombre, le fuerza a que desempeñe su papel, o a que se le recuerde por analogía, en la obra de entretenimiento que está trabajando para que dure. Así, en los capítulos de la parodia cervantesca, Don Quijote tropieza cierta ocasión con un ahorcado, y este ahorcado es Ignacio Veintemilla. Así, en el episodio de "Eutropio", del ensayo sobre **El Genio**, y en el **Banquete de Xenofonte**, y en muchas partes más, otros nombres reales comparecen, ya en la integridad de sus letras, ya muy tenuemente velados, y todos con puntual y terrible oportunidad. Este es fuero de artistas vengadores, que instituyó el más grande de ellos, señalando el lugar de sus contemporáneos en los círculos del eterno dolor, y que usó también Miguel Angel cuando puso a los réprobos del **Juicio final** el semblante de sus enemigos.

Y sin embargo, como es frecuente que suceda en estas conciencias procelosas, había en lo hondo de la de Montalvo veneros inexhaustos de simpatía, de benevolencia y de piedad; entre las asperezas de aquella alma desgarrada por pasiones volcánicas, arroyos de leche y miel, vallecicos de baeto sosiego, que prestan sombra y frescura a no pocos pasajes de su obra, donde, en cerco de amargor y energía, las mansedumbres parecen cobrar más suave encanto, como el panal que creció en la boca del león. Y en estos remansos de la obra, suelen reflejar sus imágenes cándidas, sueños de pureza y amor, bendiciones como de plegaria, delicadezas y ternuras de su sensibilidad moral, que dejan comprender con cuánta verdad dijo de sí propio: "Un tigre para los perversos, para los buenos siempre he abrigado corazón de madre". En ocasiones, la misma imprecación fulminadora brota de sus labios penetrada de una como ternura sacerdotal, de uno como amor quere-

lloso, que, hablandándola el són, le hacen más excelsa y solemne. "¡Gabriel!—clamaba una vez, en lo más recio de su guerra con García Moreno:—¡Gabriel! nombre de ángel, nombre que el Señor pronuncia cuando quiere llamar a su preferido....."

Sazón de sus cóleras como de sus apaciguamientos fueron también las sales de la comicidad. Tuvo el dón de reir, y le tuvo de cepa puramente española, como todas las partes de su ingenio, y diversificado en la más rica gama: desde la risa vengadora y mortal, hasta la de inocente regocijo; y desde la sonrisa que punza, y la que compone con una lágrima el agridulce de la melancolía, hasta aquella otra, más vaga y persistente, que significa sólo salud de alma y vigilante apercibimiento del gusto. Porque, además del reir accidental y concreto, su obra entera está acordada a un tono de donaire, de desenfado y jovialidad, que es como un continuo sonreir, a través del cual se filtra la expresión y sale ungida de gracia. Páginas de donde falte ese espíritu, cediendo el paso a una austera gravedad, pocas tiene Montalvo. Cierta vena de gracejo y malicia es elemento que se nos figura indispensable, hasta con relación a los procedimientos y el arte de su estilo. Aquella prosa tan raramente trabajada, tan compuesta y artificiosa, tan pregonera de singularidades y arcaísmos, escollaría, a menudo, en apariencia afectada y pedantesca, si no llevara dentro de sí propia el correctivo, con este mordiscante de la gracia, que disipa el sabor de fatuidad retórica, y por el que parece que los mismos amaneramientos y violencias del estilo están puestos allí con mica salis, como en la alegre petulancia de un juego.

Otro carácter esencial de su literatura, porque lo fué también de su persona y de su vida, es el tono de nobleza y superioridad. Ese perenne agitador contra autoridades falsas y pequeñas, tuvo el profundo sentimiento de las verdaderas y grandes. Liberal, hasta donde alcanza lo noble del sentido; demagogo ni plebeyo, nunca. En calidad de ideas, como en temple de ánimo, como en gustos de estilo, caballero de punta en blanco. Amó la libertad con el amor del corazón orientado a la justicia y de la inteligencia prendada de un orden; jamás con la pasión lívida y astrosa del que padece hambre de lo que concedieron a los otros la naturaleza o la fortuna.

Si, juzgado dentro del ambiente social contra que reaccionó, fue Montalvo un radical y un rebelde, nos lo parece mucho menos cuando le consideramos en relación al modo de

pensar que, en su propio tiempo, prevalecía allí donde llegaban sin obstáculo las corrientes del mundo. Su propaganda liberal, más que a difundir ideas que labrasen en las creencias y los sentimientos religiosos, se dirigió a fulminar la realidad viva y concreta de la intolerancia erigida en fuerza política. No fue Montalvo, en el sentido en que lo fue Bilbao, un revolucionario de las ideas, venido a remover en sus mismos fundamentos la conciencia de una generación, franqueando el paso a filosofías de abierta independencia. Montalvo, más que en la doctrina, más que en el dogma, que nunca combatió de frente, se encarnizó en el hecho de la degeneración de la piedad, como sustentáculo de tiranía y como máscara social de vicios y de bajas pasiones; y no sólo dejó a salvo, en su tradicional integridad, la fe religiosa, sino que, en mucha parte, desenvolvió su propaganda en són de vindicta y desagravio por la pureza de esa fe. Porque, con cierta vaguedad y libre arranque que le tuvieron siempre fuera de confesión determinada, era creyente y cristiano; nunca ultrapasó los límites de aquel inocente liberalismo que se compadecía, en nuestros padres, con la propia calificación de **católico,** y sentía con intenso fervor la religiosidad y la moral evangélicas, que más de una vez fijó su pluma en rasgos de indeleble unción. Su concepto del clérigo ideal le inspiró el episodio de **El cura de Santa Engracia**, que recuerda a Monseñor Bienvenido, o al Fray-Cristóforo de Manzoni. Nada tan penetrado del sentimiento de la autoridad sacerdotal, como la comparación, desenvuelta en alguno de los **Siete Tratados**, de la palabra del Ministro de Dios con el agua que satisface las ansias del sediento. Ese Anticristo, escándalo de sacristanes y beatas, era en realidad un alma profundamente religiosa.

La literatura de Montalvo tiene asentada su perennidad, no solamente en la divina virtud del estilo, sino también en el valor de nobleza y hermosura de la expresión personal que lleva en sí. Pocos escritores tan apropiados como él para hacer sentir la condición reparadora y tonificante de las buenas letras. Su amenidad, su deleitoso halago, están impregnados de una virtud más honda, que viene del innato poder de simpatía y del ritmo enérgico y airoso de la vida moral. En horas de abatimiento y displicencia, su lectura levanta y corrobora el ánimo; y para quienes le conocen de cerca y han llegado a ser íntimos con él, cualquiera página suya trae, aún independientemente del sentido, una expresión de sonrisa y de

consuelo, como el són de esas dulces voces familiares que llevan su propiedad balsámica en el timbre, más que en la palabra. Hay autores que a sus prestigios y excelencias de orden literario, reunen un no aprendido dón magistral con que instituir la disciplina de la sensibilidad y de la mente y formar el concepto de la vida. Montalvo es de éstos. La abundancia de ideas morales, pintorescas y cálidas; el generoso entusiasmo, la fortaleza y alegría de alma, el temple varonil, le hacen particularmente apto como mentor y amigo en los días de la juventud, cuando el hervor de esas primeras lecturas, que, si son nobles y viriles, infunden en el alma, para el resto de la vida, el dejo inextinguible de un bautismo de fuego o de una iniciación religiosa. Es de aquellos a quienes puede decirse: "Armame caballero". Tuvo, entre los rasgos que más definen su carácter, la admiración franca y ferviente: el alma abierta a la comprensión plena, entrañable, de todo lo bueno, de todo lo grande, de todo lo hermoso: en la naturaleza y en el arte; en las cosas del pensamiento como en las de la acción; en el alma de los hombres como en el genio e historia de las sociedades. Era un radical optimista por la constancia de su fe en aquellas nociones superiores que mantienen fija la mirada en una esfera ideal: bien, verdad, justicia, belleza; aunque, frente al espectáculo de la realidad, le tentara, a menudo, aquel pesimismo transitorio que es como el lamento de esa misma fe, desgarrada por el áspero contacto del mundo.

"Un perverso para cada diez hombres, mucho honor para el género humano". Su potestad satírica, su profética fuerza de maldecir y fulminar, no eran sino como el aspecto negativo de esa virtud de admiración y de amor que fluía, en hirvientes olas, de su alma. Con igual apasionado impulso ensalza a Napoleón el grande y deprime a Napoleón el chico. El sentimiento de la naturaleza era en él tierno y respetuoso. Idea inspirada, y de genuino cuño quijotesco, es la que, en los "Capítulos" agregados a Cervantes, le lleva a hacer intervenir la activa piedad del caballero en defensa de los árboles heridos por el hacha del leñador. Al comentario y juicio de las obras del arte llegaba con esa a modo de inspiración refleja; con esa lúcida y enamorada simpatía, que participa del estremecimiento y la virtualidad de la creación. Así acertó a reproducir el alma de los colores y las notas hablando de la **Transfiguración** de Rafael, de **La Flauta Encantada** de Mozart, de la sinfonía de **El Océano** de Rubinstein. Así glorificó, en admira-

bles loas, a Byron, a Castelar, a Víctor Hugo. Puso en esta crítica lírica la exaltación del verbo pindárico, y expresó elocuentemente su manera de entender el juicio y el sentimiento de lo bello, con aquel amplio y generoso concepto de la crítica que, en una página de su parodia del Quijote, puso en labios de don Prudencio Santiváñez, en discusión con el marqués de Huagra-Luigsa.

Como realización de belleza, como obra de estilo, que es el aspecto principal en ella, la literatura de Montalvo ofrece, en su conjunto, un carácter difícil de comparar y definir. Los símiles comunes, que parten de la simplicidad de una idea de fuerza o de gracia, son por igual insuficientes para sugerir aquel carácter. No es la espontaneidad desordenada e indómita de la selva virgen; la abrupta irregularidad de la montaña enorme. No es la prosa de Sarmiento, sin proporción ni vigilancia de sí misma. Pero no es tampoco el jardín de Italia o de Grecia, la indeficiente sobriedad, el constante imperio de lo gracioso y de lo suave, el simple marco de plátanos y olivos del diálogo platónico. Para buscar a tan personal estilo imagen propia sería necesario figurarse una selva del trópico ordenada y semidomada por brazo de algún Hércules desbrozador de bosques primitivos; una selva donde no sé qué jardinería sobrehumana redujese a ritmo lineal y a estupendo concierto la abundancia viciosa y el ímpetu bravío; o bien una montaña recortada en formas regulares, una montaña como aquella que, en tiempos de Alejandro, Dinócrates soñó esculpida para monumento del conquistador.

PROLOGO

a Las Catilinarias de Don Juan Montalvo

Don Miguel de Unamuno, conocido y admirado en Europa y América, consintió en escribir el Prólogo a "Las Catilinarias" que tenemos el honor de reproducirlo, por razón de particulares relaciones de amistad con el Sr. Dn. Gonzalo Zaldumbide. Se observa que ha puesto en su labor, no sólo su enorme talento, sino que ha infundido una intensidad extraordinaria, como si la vida y la obra de Montalvo sintiera como propias.

Don Juan Montalvo murió desterrado aquí, en París, donde yo, también desterrado, escribo estas líneas, en 1889 y a sus cincuenta y siete de edad. Hacia 1882, cuando yo estudiaba mi carrera en Madrid, estuvo Montalvo en la Corte de las entonces Españas. Acaso alguna vez nos cruzamos en la calle, acaso al cruzarnos, se mecieron nuestras miradas, la del hombre cincuentón que rumiaba el amargo pasto de sus recuerdos de esperanzas gloriosas y la del mozo de dieciocho que iba brezando sus esperanzas de recuerdos gloriosos. Y ahora, cuando hace ya treinta y seis años que Montalvo duerme —¿sueña?— arropado en tierra hospitalaria, tierra francesa, vuelvo yo, traspuestos mis sesenta, cuando he doblado el puerto serrano que separa a la solana de la umbría, a encontrarme con él. Y al encontrarme con él me he encontrado y enfrentado conmigo mismo, y al encontrarme con el Ecuador--"la nacionzuela" como alguna vez la llamó don Ignacio de Vein-

temilla—, me he encontrado con la triste nacioncilla de Primo de Rivera. Y aquí voy a hablar tanto de Montalvo como de mí. Es que me he encontrado. Y voy a discutir conmigo mismo, ya que mi vida ha sido combate íntimo.

Cogí las **Catilinarias** de Montalvo, pasé por lo excesivamente literario del título ciceroniano, ya que el término se ha hecho vulgar desprendiéndose de su etimología, y empecé a devorarlas. Iba saltando líneas; iba desechando literatura erudita; iba esquivando artificio retórico. Iba buscando los insultos tajantes y sangrantes. Los insultos, sí! los insultos; los que llevan el alma ardorosa y generosa de Montalvo.

Se ha preguntado alguien qué es lo que habría podido hacer Montalvo a haber podido vivir sosegado y apaciguado en un Ecuador de libertad civil y de paz y de justicia. Pues yo os digo que muy poca cosa; que toda su literatura clasicista y casticista se habría quedado de pasto de unos pocos curiosos de experimentos literarios. Os lo confieso, no he podido acabar los **Capítulos que se le olvidaron a Cervantes**. Allí apenas hay más que las líneas con que termina el capítulo XVI dedicadas a Ignacio de Veintemilla, "ahorcado por asesinato, robo, traición, atentado contra el pudor".... ¡Esto, el insulto!

Fue la indignación lo que hizo de lo que no habría sido más que un literato con la manía del cervantismo literario un apóstol, un profeta encendido con quijotismo poético; es la indignación lo que salva la retórica de Montalvo.

Escribió en el destierro, a que tan sentidas palabras dedicó en su escrito "Los Proscritos" que figura en el **Cosmopolita**. A las penas que el destierro trae consigo —añade— la indignación que causa la injusticia, la **servitude** del corazón al contemplar el triunfo de la tiranía, y vé cómo es terrible la situación de los proscritos. "Y—luego—¡Ay! dices ¿Cuándo volveré? ¿he de morir en el destierro? ¿una sepultura prestada ha de recibir mis huesos? y qué suerte fue la mía para verme ausente, lejos de todo lo que hacía para mí grata la vida? Un hombre, un solo hombre me causa tantos males sin justicia ni razón! Tirano! valiera más haberme muerto, porque en la tumba se duerme tranquilo y suavemente, no es uno víctima de las horribles pesadillas del extranjero que no puede volver a su querida patria".

Haberse muerto? No, haberse muerto, no! morirse no! Hay que vivir para combatir contra la tiranía y vencerla; y hay que sobrevivir. Montalvo sobrevive porque venció; sí,

venció a la tiranía y no porque imitó a Cervantes. Porque imitó a Don Quijote. Y él tuvo conciencia de su misión y de su obra. "A un tirano antiguo —decía—se le había escapado una víctima, con haberse dado muerte con su propia mano; yo, huyendo al destierro, me he escapado también; y el destierro es la más triste de las penas". La más triste, sí, pero en el caso de Montalvo, que enristraba su pluma, en mi caso que enristro la mía, la más fecunda y la más liberadora de las penas..."Mi nombre está grabado en mis flechas —decía él con noble arrogancia quijotesca— y con ellas en el corazón mueren tiranos y tiranuelos: díganlo García Moreno y el **Cosmopolita**.... Lo dirán también Ignacio Veintemilla y **Las Catilinarias?**" Y se lo están diciendo. "Y otra vez.... los echo en tierra, y allí los tengo a mis pies quebrantada la cabeza y que den sus alaridos como Satanás".

Veintemilla, el ladrón, el malhechor, el tirano, si queda en la memoria de los hombres es, marcado a fuego, gracias a Montalvo. Y si un día se recuerda a Primo de Rivera, ladrón también y malhechor, un tirano, ni siquiera dictador pues que nada dicta, será marcado a fuego, con sus cómplices todos, del rey abajo, gracias a mí. ¿Tirano, Tirano? No, Veintemilla no fue tirano. Tirano fue acaso García Moreno, el hombre culto, el hombre civil, a quien Montalvo, en rigor, admiró. Veintemilla, el soldadote Veintemilla fue un malhechor —lo dijo Montalvo— y no un tirano... Tiranía es ciencia sujeta a principios difíciles y tiene modos que requieren difícil tanteo. "Y no sería justicia, agrega Montalvo, dar el nombre de tirano a un pobre esquizaro a quien entroniza la fortuna por hacer befa de un pueblo sin méritos". El mismo caso, el mismísimo, que en España.

"Excremento de García Moreno" le llamó a Veintemilla. Y le cubrió de nobles insultos, de generosos insultos patrióticos, como a Borrero y como a Urbina. Le llamó ladrón a boca llena; así, ladrón. Como el nuestro..... La ineptitud hubiera quizá tolerado en ese pícaro; su prurito por las cosas ilícitas, ¡no!

Pero ¿es que Montalvo no estuvo alguna vez de parte de Veintemilla? es que no esperó para su patria de él? Sí, a Montalvo le dijeron que Veintemilla necesitaba la cooperación de los buenos liberales y contestó que no, no a un traidor que "hecho apenas el pronunciamiento de liberal, corre a ponerlo en manos de los jesuítas", "no a... no a un cobarde que va a

solicitar amparo y certificados favorables de los obispos". Es que Veintemilla no era más que un soldado, un soldado de fortuna, y un soldado de casta mercenaria de las armas no es jamás liberal. Y si va a ponerse en manos de los jesuítas no es tampoco porque crea en ellos que "cabizbajos, llevan metidos los ojos en la barriga y allí ocultan sus virtudes que consisten en esconder la vista y el alma, a fin de que nadie vea la gloria con que fulgura en ellos la malicia".

Montalvo llamó a boca llena tirano a García Moreno, al hombre civil y de convicciones políticas, no a Veintemilla, el mercenario, el soldado de fortuna. En García Moreno "inteligencia, audacia, ímpetu, sus acciones siempre fueron consumadas con admirable franqueza; adoraba al verdugo pero aborrecía al asesino". García Moreno fue hombre de rara inteligencia y vastos conocimientos mal aprovechados. Veintemilla el soldado de fortuna, un payo, un malhechor, un ladrón y un crapuloso. Como el otro.

"A García Moreno le aborrecía por tirano; a Veintemilla no le puedo aborrecer; la infamia no alcanza el honor del odio; desprecio es lo que este confidente del patíbulo me inspira, desprecio, acre, amargo". Como el otro. Decía muy bien Rodó que Montalvo no confundió a García Moreno con "traidores de cuartel y advenedizos sin más norte que el mando". El mando y el saqueo del erario público.

Montalvo tuvo que desterrarse del Ecuador de Veintemilla; le faltaba allí aire para el alma, libertad de decir la verdad. "¡Imprenta, Imprenta! Arrebatadnos los bienes de fortuna, arrebatadnos a guerras injustas, arrojadnos en mazmorras, pero dejadnos hablar!" clamaba el Cosmopolita.

Pero y el pueblo ecuatoriano? El pueblo ecuatoriano no necesitaba libertad, porque no pensaba, no necesitaba el aire, porque no respiraba; duraba como una piedra; no vivía como un pueblo. Y Montalvo, con encendida voz de profeta que esperaba despertar a las piedras con su voz clamante en el desierto le decía al Pueblo ecuatoriano "esqueleto rechinante", así "¡Pueblo, pueblo, pueblo ecuatoriano vé a la reconquista de tu honra, y muere si es preciso", y cuando aquellos pobres y degradados vasallos como los de mi España hoy, se quejaban de la falta de un hombre!, Montalvo gritaba: "deber mío era írmele encima al primero, resulte lo que resultare; no es culpa mía si el pueblo deja pasar la ocasión y no sabe

lo que hace". Y también: "El escritor, el agitador, el patriota, el hombre de la idea había hecho su deber; el pueblo no hizo el suyo". Y luego: "Bien visto lo tengo, mientras esta pluma no se me vuelva espada, cosa no he de poder con los ecuatorianos; razón sin bayoneta, no es razón para ellos".

¡Cuán dentro, pero cuán dentro de mi alma han resonado esas palabras! También mis pobres españoles de hoy, los de mi España, ese "esqueleto rechinante" buscan un hombre y me dicen que por qué no hago la revolución desde aquí, desde París, y liberto a su hacienda y les liberto de su ignominia. Esos, los miserables, los cuitados, los abatidos, los que pedían un indulto ¡un indulto!

¡Indulto! Cuando Ignacio Veintemilla sepultó "en una mazmorra de cuartel al rector de la Universidad de Quito.... sin auto de juez, ni siquiera motivo verosímil" por un cierto escrito que se le atribuía ¿qué hicieron los estudiantes? "Lo que han hecho ha sido dar a luz un papelucho como una hoja de peral, justificando y ensalzando al obscuro apagador de la civilización y poniéndole las manos para que "por Dios, por la Virgen, ponga en libertad a su rector". "Y no es esto todo: —sigue Montalvo— al respaldo de ese impresito infame han puesto sus autores de letra de mano unos renglones en que apuntan lo contrario de lo que dicen por la imprenta, y me lo han remitido, pidiéndome "por la Virgen" que castigue este nuevo delito del infame Veintemilla, dicen". Y al fin Montalvo: "Desgraciado del pueblo donde los jóvenes son humildes con el tirano, donde los estudiantes no hacen temblar al mundo!".

Este pasaje de la sexta Catilinaria me hizo temblar hasta en las últimas raicillas de mi alma, hizo que se me asomaran las lágrimas. Y no es que mis estudiantes, mis hijos, los hijos de mis cuarenta años de apostolado civil y patriótico, hubieran pedido mi indulto. No, alabado sea Dios! mis hijos, ni los de carne y espíritu, ni los de espíritu solo, no, no pidieron mi indulto al Veintemilla español de hoy, no, no lo pidieron. Los que le pidieron fueron unos miserables capones y alcahuetes que se decían amigos míos. Y yo quedo pensando y esperando con los estudiantes que hagan temblar a España, temblar de vergüenza e indignación. Y que le hagan sacudirse de los ladrones que le están chupando.

Pero, ¡cómo pudo, ni por un momento, ni con un principio, haber engañado Veintemilla a Montalvo? Cómo pudo

esperar nada de un soldado de fortuna? Montalvo sabía que en su Ecuador, cada jefe es un emperadorcillo tiranísimo, cada soldado un cruel enemigo de las otras clases de la asociación (El Cosmopolita). Montalvo dijo: "En resumidas cuentas, venga el chagra-galán, el chagra-diplomático, antes que el chagra militar; porque éste, aun cuando se halle él mismo en amena conversación con amigos y señoritas, de repente se acuerda de que es soldado y ¡Fuego, mochachos!".

Montalvo había dicho que Veintemilla, "como instrumento, como simple instrumento, no era malo; dos mil veteranos con bala en boca tenía a sus órdenes este marmitón del difunto consabido". "Pero es que un instrumento, un simple instrumento puede ser bueno para gobernar un pueblo? Toda esa estopa antigua, esos cascos apolillados del tiempo de maricastaña que se llaman generales, todos son aparceros y corchetes de Ignacio de Veintemilla". ¿Y qué más podían ser los generales?

¿Y la soldadesca? Los cuerpos colectivos o potestados que gozan de independencia absoluta sin sujeción a una regla general ni a un inspector superior son un Estado en otro Estado, y esta incrustación destruye con la anarquía, la forma de Gobierno al paso que vuelve imposible el orden sin el cual no hay sociedad humana. He aquí nuestras Juntas de defensa armada; de defensa del puchero de los mercenarios del honor patrio. Y Montalvo que sabía eso, que sabía lo que es el instrumento erigido en brújula, el puño que quiere hacer de cabeza, el verdugo que quiere hacer de juez. ¡Cómo pudo engañarse respecto a lo que es el soldado! Porque en otros países exalta al soldado sin percatarse de que el soldado es el que está a sueldo, es el mercenario del honor de las armas, es de la casta profesional, es el del principio de autoridad sin miramiento a su fin, al fin de la autoridad, que es la justicia, es el que confunde el orden con la ordenanza, es el que puesto el puño sobre la cruz de la espada miente con juramento, cuando se le impone por disciplina. ¡Ah!, lo que debió haber sufrido Montalvo, el enamorado de la libertad de la verdad, que es la justicia! Hay al final de la duodécima y última Catilinaria un pasaje que me ha calado hasta el hondón de la alma dolorida y es donde dice: "Cosa mala es el mundo, pero él se compondrá, cuando apurada la clemencia divina, naciones y ciudades, imperios y repúblicas sean montones de difuntas piedras que estén compitiendo con las que han vuelto estériles

para siempre las orillas del Desierto". Y acaban las Catilinarias con estas palabras proféticas: "Si mueren (los malvados) muera allí, poeta (Sófocles) ese hervidero de sangre podrida en donde están saltando larvas y sabandijas que crecen y suben y se vuelven grandes monstruos, esa es la sangre de los malvados que van muriendo. Pero de ella nacen otros; de ese hervidero salen los que prolongan su vida, y acaece que parezca no tener fin la de estos enemigos de Dios y de los hombres".

¿Pesimismo? Sí, noble pesimismo, generoso y fecundo pesimismo, pesimismo de luchador que sabe que la victoria es vencimiento, pesimismo de proscrito, de desterrado del cielo, pesimismo de apóstol, cuya esperanza está hecha de desesperaciones, su fe de desengaños, su caridad de santos odios. En este pasaje está lo mejor de la alma quijotesca de Montalvo. Si hubiera creído que con borrar de su patria a Veintemilla habría acabado para siempre con todos los futuros tiranos de ella ¡qué mérito habría tenido su hazañosa empresa! Supo pelear la santa pelea a las orillas del lago del Desierto. Y así es cómo al ir a morirse pudo decir: "Me siento capaz de componer una elegía como nunca lo hiciera en los años de mi juventud". Pero es porque iba a nacer. Nació, se libertó al morirse. Al morirse en el destierro.

Y ahora qué he de decir de su lengua y su estilo, yo, un lingüista y un investigador de **estilística?** Voy a reprocharle sus preocupaciones legi-lógicas, yo que las padezco tambien? Voy a discutir al literato?

Sintió acaso en exceso la voluptuosidad de la lengua. Y de una lengua artificiosa y de énfasis castellano. Rodó dijo que "la espontaneidad natural y suelta de Montaigne es el término opuesto a la artificiosidad preciosa de Montalvo". Pero es que Montaigne era un sensual y un escéptico y Montalvo, un apasionado y un dogmático y el énfasis es el lenguaje de la pasión.

Lo confieso, he tenido que saltar su nota filológica sobre la presidencia, como no me interesa lo de si se ha de decir gallardeó o **se gallardeó, fugó** o **se fugó**. Y es que no comprendo que se pueda poner pasión en debates gramaticales. Es otra cosa.

¡Qué de vueltas le dió aquello de que Veintemilla no se firmase Ignacio de Veintemilla! Suponía, equivocadamente, que ese **de** presupone en los españoles que lo usamos ante los

apellidos solariegos —no los patronímicos— pretensiones de nobleza de linaje. Y no hay tal. En España no significa tal cosa. Como es equivocado lo que dice respecto al tuteo entre padres e hijos en España. Pero esto qué me importa?

Su cervantismo, no poco pueril sin duda, le lleva a hacer hablar en diálogos a chagras y cholos en el convencional dialecto dialogado —diálogo y dialecto son palabras hermanas— de los personajes de Cervantes que tampoco hablan como hablaban los hombres de carne y hueso de su tiempo, pero esto, ¿qué me importa junto al soplo quijotesco que anima algunos de esos diálogos? Además, el bueno de Don Juan Montalvo se debió de creer que en España se hablaba más así en cervantismo, que en el Ecuador o Colombia. Y cuando visitó España debió de convencerse de que era todo lo contrario, de que allá, en los recónditos repliegues de los Andes colombianos se conservaba mejor esa rancia lengua ceremoniosa y algo convencional. ¿Quién sabe si un día iremos allá a desenterrarla, a reconquistarla?

En aquel cuadrito dramático que titula **"México"** y publicó en "El Cosmopolita", ponía en boca del Marqués de Munster estas palabras: "La naturaleza no ha criado esclavos; el nuevo mundo será algún día dueño y señor del viejo; pero es un error y una extravagancia en nosotros querer conquistar a América". "El Nuevo Mundo será algún día dueño y señor del Viejo". Talvez.... Cuando la América española, la que habla la lengua de Don Quijote conquiste espiritualmente a la vieja España o a la España de Primo de Rivera y consortes. Pero es que España se había reconquistado a sí misma. Sí, España tendrá que reconquistarse desde América. Y en ese día, el nombre de Don Juan Montalvo, el nombre del desterrado que duerme, ¿sueña?, arropado en tierra francesa será una enseña, será una empresa y habrá que trasladarle a España, a la España que tanto quiso, y allí, en la España reconquistada, sepultar sus restos en huesa española y echar sobre ellos sendos puñados de tierra de cada una de las libres —si son entonces libres— repúblicas Américo-Españolas.

Y ahora, reconfortado con las Catilinarias, vuelvo a mi combate. No, sino que sigo en él, invocando a Nuestro Señor Don Quijote, el invicto Caballero del Vencimiento.

Miguel de Unamuno

París, 30 de Abril de 1925.

Recuerdos de Montalvo



FICOA: El sendero que tantas veces holló la planta de Dr. Juan

Don Juan Montalvo

RECUERDOS

Durante los años 1882 a 1889 permaneció en París el Ilustre escritor ecuatoriano don Juan Montalvo, considerado como un terrible polemista, particularmente a causa de sus **Catilinarias,** las que podríamos llamar con justo título **Gabriélicas,** pues ellas se dirigían al ojo derecho y al corazón de don Gabriel García Moreno, Presidente de la República del Ecuador, como las **Filípicas** de Demóstenes se dirigían al ojo derecho de Filipo de Macedonia.

Hacia esta época llegó a París y se hospedó en un hotel de los alrededores de la Opera, la célebre mujer de letras doña Emilia Pardo Bazán, a quien tuve el honor de conocer en Madrid, cuando se publicaron en la **Epoca** sus famosos artículos sobre "La cuestión palpitante", en los que tomó la defensa de Zolá y del realismo literario en el seno de una capital ligada, casi por entero, a las tradiciones clásicas, y consagrada a un romanticismo temperado por la austera gravedad castellana.

Doña Emilia, poco tiempo antes, había publicado su excelente "Vida de San Francisco de Asís", obra que la atrajo la reputación de insigne escritora, al mismo tiempo que de buena católica. Las indulgencias que le había valido su libro sobre el Doctor Seráfico contribuyeron eficazmente a calmar las almas timoratas prontas a escandalizarse de verla defender con tanto calor y elocuencia las teorías de Zolá, entonces ya

florecientes. Sin embargo, recuerdo que, salvo algunos **espíritus fuertes** y aquellos que la conocían íntimamente, los círculos sociales no le fueron favorables al principio. Se admiraba su inmenso talento, pero se la temía, y se asustaban de sus audacias literarias. Poco a poco ella se impuso, y de manera tan fuerte, que llegó a ser una de las glorias literarias de España; se la consideraba como tal y todos la acogían con entusiasmo; su casa y su salón fueron bien pronto de los más brillantes de Madrid. Fue entonces que la Reina María Cristina le concedió personalmente el título castellano de Condesa de Pardo Bazán, título llevado por su padre con motivo de una concesión pontifical.

Doña Emilia admiraba a Montalvo y tenía por él particular aprecio. Habiendo sabido que yo no lo conocía, me invitó a su mesa con él, en un hotel de la rue Daunou, donde hoy se levanta el Teatro de este nombre, frecuentado por muchos españoles, entre los cuales me acuerdo de don Luis de Silva, Conde de Pie de Concha, primer Introductor de Embajadores y gentil hombre de los más cumplidos, hijo del Marqués de Santacruz, en esa época gran Mayordomo de Palacio.

La conversación de doña Emilia y de Juan Montalvo debía ser, como fue en efecto, de lo más interesante. Doña Emilia se reservó la parte más brillante, pero ni el uno ni el otro dieron pruebas del menor pedantismo.

Montalvo estuvo simple y arcaico como su estilo; a la vez rebuscado y modesto, apenas se podía creer que él pudiese vibrar con una elocuencia tan vehemente, como en sus "Catilinarias", contra la tiranía.

Habitaba en París una casa de la rue Logelbach, y estaba encargado de la redacción de "Europa y América", revista bimensual que no pudo sobrevivirle.

Llamado por sus amigos de Madrid, permaneció algunas semanas en la Corte de España. Don Emilio Castelar, don Juan Valera y don Gaspar Núñez de Arce le propusieron como miembro correspondiente de la Real Academia Española, presidida entonces por el noble Conde de Cheste, traductor en lengua española, del Dante, del Ariosto y de Camoens; el

Secretario de la Academia era don Manuel Tamayo y Baus y el Bibliotecario don Aureliano Fernández Guerra y Orbe, poeta a sus horas y sobre todo erudito.

Montalvo, polemista liberal y libre pensador, no fue pues juzgado según sus méritos literarios sino más bien por sus opiniones políticas y religiosas, y, a pesar de la autoridad de sus ilustres padrinos —Castelar, el primer orador de su tiempo, don Juan Valera, el primer narrador y el insigne poeta Núñez de Arce— la Academia, por mayoría, rehusó su admisión.

Este rechazo causó escándalo en los círculos literarios; se deploró al ver que la Academia se abstenía de agregar a la lista de sus correspondientes uno de los más ilustres escritores hispano-americanos.

Montalvo se consoló rápidamente de este rechazo y emprendió de nuevo en su labor de periodista y ensayista. Su "Espectador", sus "Siete Tratados" y sus "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes" son testimonio de su dominio de la lengua y le valen ser considerado como un pensador profundo, digno colega póstumo de Montaigne, Addison y Emerson.

Manuel M. de Peralta

(*De la Revista de la América Latina*).

Don Manuel de Peralta

(*De la Revue de l' Amérique Latine*)

Nos lecteurs viennent de lire les intéressants souvenirs du Marquis Manuel M. de Peralta, Ministre de Costa Rica, doyen vénéré du Corps diplomatique de l'Amérique latine a Paris, sur Juan Montalvo. Voici maintenant des pages oubliées du grand écrivain équatorien sur le Marquis de Peralta. Inédites en français, ces pages ont paru, en espagnol, dans la revue Europa y América, *que dirigeait Juan Montalvo, le 15 février 1887 a l'occasion du retour de Monsieur de Peralta comme Ministre de Costa Rica a Paris, poste qu'il n'a cessé d'occuper depuis lors. Cette Revue est heureuse de rendre un double hommage au grand écrivain disparu dont on vient de célébrer la mémoire a Paris, et á une des plus éminentes personnalités du monde diplomatique hispano-américain en France.*

C'est un principe du droit des gens que les nations sont égales, considérées comme les membres du grand corps social qui se meut dans le domaine de la civilisation. Le droit de préséance est un fait; mais le représentant d'un peuple peu nombreux et peu riche n'est pas moins que l'ambassadeur d'une puissance de première classe. L'entité morale incarnée dans la personne d'un envoyé public est la même, qu'il s'agisse de l'ambassadeur d'Allemagne ou du plénipotentiaire de la plus modeste république d'Amérique. Cependant, l'échelle diplomatique est une vérité évidente et les us et coutumes désignent leur place aux envoyés des nations selon l'importance de ces dernières et le rang qu'elles occupent. C'est là une habitude sensée contre laquelle il serait ridicule d'élever la voix, puisque la Table-Ronde, sans haut bout, n'est pas celle à laquelle nous nous asseyons. Le Cid Campeador, de tout temps, enverra rouler

d'un coup de pied les chaises des audacieux qui oseraient se placer devant le procureur de son Roi et Seigneur. Si le pape prend cela à mal, il n'y gagnera rien, car l'épée du Cid sert aussi à lever les excommunications.

El papa cuando lo supo
Al Cid le ha descomulgado:
Sabiéndolo el de Vivar

Ante el papa se ha postrado:
Absolvedme, dijo, papa,
Si no seráos mal contado.

Le siège d'ivoire de l'ambassadeur de France au Vatican est brisé, Rodrigo Díaz s'y octroie de gré ou de force la première place en tête des représentants des puissances européennes.

Qui serait assez fou. aujourd'hui, por disputer la préséance au Baron de Morenheim, envoyé du Czar de Russie, ou á Lord Lyons, de la Grande-Bretagne, sous prétexte que toutes les nations sont égales dans le monde diplomatique? Les millionnaires, comme les Ministres du Mexique et de la Bolivie, se font une place en vivant dans des palais et en donnant des bals où l'or coule à flots; mais dès qu'il est question d'orgueil national, ni le Comte de Hoyos, ni Essad Baja ne leur rendraient le moindre point, et c'est aux nues qu'ils porteraient celui de l'Autriche ou de l'Empire ottoman.

Les représentants des républiques hispano-americaines sont hommes de jugement; ils n'entreprennent point de couper la tête á quelque géant, ni de rétablir sur son trône quelque prince dépossédé: il restent tous à la place qui leur revient dans l'échelle qu'occupent de par leurs envoyés les nations du monde, contents de ce que le sort ou la nature leur a donné, biens de fortune pour les uns, talent et sagesse pour les autres.

Nous ne savons pas qu'il y ait beaucoup de ces derniers actuellement á Paris, mais ce que nous savons, c'est qu'on y trouve quelques riches fort capables de se mesurer avec les plus opulents Européens. Et comme les richesses sont un autre talent, une autre sagesse, ceux qui les détiennent et en usent en grands seigneurs, s'acquittent admirablement de la tâche à eux confiée par leurs gouvernements. Autre talent, ai-je dit, autre sagesse, c'est faux: dans la vie pratique personne ne dédaigne l'argent car tout le monde sait que ce prince est puissant comme un roi, redoutable à l'égal d'un tyran, aimable ainsi qu'une belle femme. On sait également que le prix du mérite est relégué au second plan. La richesse occupe le premier, et l'emporte sur la raison et la justice.

Don Manuel de Peralta vient d'étre nommé ministre plénipotentiaire de Costa Rica en France et en Espagne: voilà que nous réjouit fort, car rien ne manque plus au corps diplomatique américain. Déjà nous possédions des hótels aux Champs-Elisées, nos bals défrayaient la cronique parisienne, de grands et pompeux banquets disaient l'élégance des répu-

bliques américaines. Nous aurons maintenant un représentant des belles-lettres, un diplomate littérateur, qui, bien qu'appartenant à l'une des plus petites nations, saura prendre place parmi les premiers, et fera justement honneur au nouveau monde, si toutefois il recontre en chemin ces vastes questions où brille l'intelligence et où le savoir trouve l'espace nécessaire à ses longs développements.

Don Manuel de Peralta est peut-être le plus jeune d'entre les ministres américains résidant en Europe, mais il possède à son actif nombre de légations de premiére classe, ainsi que diverses décorations et titres littéraires faits pour éveiller les désirs des ambitieux et l'envie des jaloux. Officier de la Légion d'Honneur en France, il est membre de l'Académie Royale d'Espagnee, écrivain rempli de connaissances historiques et littéraires, travailleur infatigable, auteur d'oeuvres de longue haleine fort bien écrites, il joint à tout cela une modestie et une simplicité tellement propres à son caractère, qu'il ne lui est nul besoin de les cultiver. Ces qualités s'épanouissent constamment en lui sans même qu'il s'en doute.

On dit que Pierre Corneille avait, en la personne de son frère Thomas, un auxiliaire inestimable. Thomas travaillait dans la chambre voisine, et lorsque le poète se heurtait à quelque obstacle, lorsqu'il luttait et luttait encore contre les difficultés de la versification, frappant à la cloison, il criait: «Thomas, une rime à monde?» Et le voisin le répondre: «profonde». Pierre Corneille, triomphant, donnait alors la denière touche à l'une de ses tragédies. Ce frère fécond était un vrai marché d'idées et de souvenirs; il savait tout, tenait liste de tout. Qu'ignore don Manuel de Peralta? A quoi ne pourrait-il répondre sur-le-champ ainsi que Thomas Corneille? C'est une histoire, un dictionnaire vivants. Mémoire prodigieuse, il se meut parmi les obscurs sentiers des temps passés de la litterature, des chroniques de n'importe quel siècle, et nous apporte palpitante l'information que nous désirions, la date que nous faisait défaut, le nom qu'il ne nous était point possible de repécher dans l'eau truble d'événements mal connus. Avec don Manuel de Peralta je n'hésiterai pas à m'ateller à l'histoire universelle, afin d'augmenter et corriger celle de César Cantú, pas plus que je ne craindrais d'entreprendre les Trois-Horaces, certain que la rime ne viendrait pas à me manquer.

Don Manuel de Peralta a, pour ainsi dire, habité les bibliothéques de Séville et de Simancas, tous ces vénérables dépóts oú l'Espagne enferme ses tresors. Les libres de ce jeune travailleur regorgent de dates nouvelles et importantes, et font preuve d'un tel ordre et d'une telle réflexion, qu'il est un des auteurs les plus sensés que l'on puisse recontrer; auteur également utile, car on n'éparpille point son talent en bagatelles, encore qu'il ait coutume de se plaire à ces jeux pyrotechniques qu'on nomme poésie lyrique. Un talent sans imagination est un talent de savant, de savant et rien de plus, aussi n'est il guère prisé en notre siècle de romans, de drames et de romances. Menendez y Pelayo, sans ce qu'il a de païen, serait un insupportable quaker. Vénus et Cupidon servent de contre-poids á saint Joseph et à Notre-Dame des Délaissés. Les bons cherétiens voyagent d'ordinaire et fréquemment de Rome à Cythère, car ils savent bien que seul le sacristain est tenu de dormir

chaque nuit dans l'église. Menendez y Pelayo ne manque pas à l'heure dite de sonner la messe, c'est un maître carillonneur, et l'on se demande même s'il ne dort pas dans le clocher. Vous êtes plus païen que catholique, lui dit un jour Peralta, à Madrid. Marcelino sourit sans nullement le contredire. C'est un adorateur des saints, mais s'il pouvait surprendre Diane au bain sur les bords d'une source au fond d'un bois touffu, il se cacherait derrière un arbre et la dévorerarit des yeux, même s'il savait que la deésse offenssée dût le changer en cerf pour le livrer en pâture à ses propres chiens.

Quelle ressemblance y a-t-il entre ces deux écrivains, l'américain et l'européen? Je ne sais: mais a parler de don Manuel de Peralta, don Marcelino Menendez y Pelayo peu à peu est venu sous ma plume et a trouvé place en ces lignes, bien qu'il n'y ait point de plus grande disparité que celle qui existe entre eux. Peralta n'est pas un sectaire, encore bien moins un fanatique; Peralta n'est l'adepte militant d'aucun parti, d'aucune doctrine: il étudie tant qu'il peut, écrit sans arrêt dans le but d'être utile à sa patrie, et possède sur Menendez y Pelayo l'avantage de ses relations politiques et diplomatiques, puisque la diplomatie est sa principale occupation. Mais il est entre eux de nombreux points de ressemblance dans leur passion pour les travaux intellectuels, l'immense étendue de leurs connaissances et cette sorte de mysticisme théorique qui les mène dans la vie. Menendez a plus de renommée parce qu'il a plus écrit et qu'il a fait scandale comme, par exemple, lorsqu'il a bu au rétablissement de l'Inquisitión sûr qu'il était de ne jamais être brûlé, malgré cet espionnage du bois . . . . Peralta n'a pas bu à la santé de cette grande dame, il n'a pas écrit au pape et n'a point donné matière aux journalistes, mais a prouvé qu'il était un homme de grande valeur par sa prudence et sa modération. Si ses compatriotes veulent donner à don Bernardo Soto un successeur digne de lui et de Costa Rica, un grand président pour un pays petit, ils ont là Peralta.

Juan Montalvo

En el Solar de Don Juan

A Gonzalo Zaldumbide

A la Arcadia pequeñita y florecida, llegaría yo con las pupilas ansiosas de visión grata y con el espíritu encendido de fervor. Devolveríame a ella, como algo desintegrado, con el amor que ha prendido en mis sentimientos el culto a mis orígenes y con el anhelo avivado por la nostalgia. ¡Cómo brillaría entonces, ante mis ojos de contemplativo, la total esmeralda de sus vegas exhuberantes, entre las que tiembla, como una cinta de diamante, la inquietud del río, que copia en los móviles espejos de sus aguas la serenidad de sus cielos azules! Allí, ¡cómo se remansara la vida y como el marco fértil de aquel rincón paradisíaco sería bueno para dar cabida a la ilimitada dulzura de un sueño único y como las aguas de su río refrescaran mis labios acedados y la brisa henchida del aroma de sus huertas, viniera a mi frente como en una caricia definitiva y en un retorno fraternal!

En la vereda estrecha del tráfago cotidiano, en el diario anhelar de la lucha que se ilumina a trechos por la lucecilla de la esperanza, Ambato se abriría para mí como un rincón de sosiego. Sería mi *alto de los romeros*, al que habría de ir con fervoroso amor y con voluntad de homenaje. Volvería a surgir, en mi ensueño plácido, como una visión, caduca por lo lejana, y de hoy, palpitante y vívida, por la querida, la ciudad repleta de hermosura, dormida como en un sueño feliz, custodiada por la magestad nevada y enhiesta del Tungurahua, enmarcada por la prolífica vegetación de sus huertas innúmeras, besada por el aire diáfano que tiene olor de azahares, cobijada por el azul de su cielo distendido, que hace tan lejano el confín y en el cual, por infinito, puede hacer la mano del Taumaturgo una fertilísima siembra de estrellas....

Iría con devoción atávica hacia el añorado solar de Don Juan, en el que la claridad del sol se prolonga maravillosa, como en ninguna otra región andina, haciendo un crepúsculo breve y deslumbrado, el eterno solar en el que es fama el corazón abierto y hospitalario de sus hijos, diligentes y llenos de la dicha de vivir, la casona historiada de glorias, tradicional cuna del talento, adornada por la belleza de sus mujeres....

* * *

Por las calles rectangulares y plácidas del querido solar, transitaría entonces ávido de visiones: la brisa tibia de la mañana acariciaría mi rostro e iría devanando la madeja de cualquier pueril ensueño. En las moradas castellanas descubriría mi vaga impaciencia de paseante, el adorable enigma de las ventanas, y mi loca fantasía, pudiera traer entonces, en evocación imaginativa, las manos femeninas que regaron un macizo de claveles o la ingenua cabecita de Colegiala, que tras el cristal translúcido, contempló la muerte fugaz de una tarde dorada.

Transitando por las calles amplias y soleadas, advertiría mi avizora y cariñosa curiosidad, en los patios de las casas ambateñas, una huerta peculiar. Allí los cármenes abrirían la seda nevada y pálida o encendida y color de sangre de sus rosas únicas; allí los claveles airosos, las violetas azules y blancas estarían en floración polícroma. ¡Solar de jardineros a quienes ayuda la arcilla fecunda de su tierra!

Prosiguiendo en la andanza, llegaría a la antigua Plaza Mayor y en primer término, destacándose como una gloria verdadera y poderosa, admiraría la estatua de Don Juan. La rizada cabeza del Cosmopolita tomaría fulgores de maravilla en la claridad de la mañana. La casona en que nació el Cervantes de América, de aspecto colonial aún, con sus originales ventanas cuadrangulares y que la devoción de los ambateños debe conservar siempre como una invalorizable reliquia, se abriría ante mí como un templo santo y en mi cálida evocación, apareciera entonces, sólo adivinada, la silueta legendaria del Luchador.

Iría por el sendero que tantas veces holló la planta de Don Juan hacia el pintoresco Ficoa. Allí, junto al florecer sabio y pródigo de la naturaleza, se produjeron quizá muchas de las páginas admirables del autor de los «Siete Tratados». Con reverente homenaje me descubriría ante los sitios que fueron gratos al contemplativo y al filósofo y en el rincón más propicio, vería agrandada por mi anhelo, una casa que hará de seguro el recono-



El retiro de Dn. Juan en Ficoa

cimiento de los ambateños: La Biblioteca de Don Juan. Rodeada de cipreses o guarnecida de álamos, ha de alzarse la mansión de la que será Señor el espíritu eterno de Montalvo. Ahí debe reunir el admirativo homenaje de sus coterráneos, todo lo que produjo el genio nacido en la feliz Arcadia. Hasta la última hojita a la que diera vida palpitante la pluma del genio privilegiado ha de conservarse amarilla por el tiempo y como cubierta por la pátina de oro de tantos lustros en los que se afirmó el portento de su fama. El unánime tributo del mundo rendido ante él, las apologías surgidas en su loor, han de guardarse también en la Biblioteca Montalvina. Algunas de sus prendas íntimas han de supervivir, como una preciada reliquia, en áureos cofres, santos como hostiarios, y los retratos en los que se perpetuó su figura, decorarán las paredes que yo habré de verlas como en el cenit de una gloria resplandeciente.

Ambulando por las veredas exhuberantes de Atocha, llamaría al recuerdo de Don Juan León Mera. En ese remanso cubierto de flores, surgieron acaso las pinceladas eternas de su novela «Cumandá», maravilloso poema de amor, hecho fantástico y dorado en el teatro de la Región Oriental, y fueron quizá los paisajes de Atocha los que prestaron colorido a la paleta maga de Luis Martínez, el admirable artista que interpretó la majestuosa *Soledad Eterna* de los andes nevados; egregio novelista también, espíritu patriota y dilecto, que tuvo la visión elegíaca de escoger su morada postrera y perpetuarla en uno de sus cuadros más notables que está diciendo de su acendrada pasión por la naturaleza y de su espíritu delicadamente poético: decorado por el monumento pétreo de la cordillera y en un terreno sin vegetación, descansa un túmulo apenas elevado a flor de tierra. Como sombras orantes, dos ramas desnudas vigilan el sueño final. En uno de los costados del humilde ataúd de arcilla, se han escrito las iniciales de su nombre y el definitivo reposo del artista y del pensador se ha sellado con una sóla palabra: Requiem. ¡Cuántas veces una ingenua romería fué hacia la tumba de Martínez para iluminarla con la votiva lámpara de una lágrima! ¡Cuántas veces en el vértice del túmulo se posaron los ruiseñores de la Arcadia!

Y ya evocadas estas sublimes sombras temblorosas, corporalmente lejanas y de ahora y de siempre por su cotidiana presencia espiritual, llamadas por mi anhelo, acudirían las de Pedro Fermín Cevallos, el austero historiador y la del inolvidable ciego Juan B. Vela, Secretario y compañero de Montalvo, hundidos también en la sima irremediable y resplandecientes ya entre los Escogidos.

Con una infinita avidez de apresar en la mirada la incomparable belleza de Baños, iría a pasear por allí, absorto y abismado ante la belleza de ese girón andino. Baños mira hacia el Oriente magnífico. La diestra de la naturaleza quizo decorar aquella puerta que muestra el fastuoso Eldorado en el que no en vano fincaron su mayor anhelo tantos patriotas soñadores. Y en el sueño de ayer, la hipótesis de antaño va tomando la forma de una realidad definitiva. El Ferrocarril al Curaray, rompe algo del antiguo misterio de la selva, y el cielo oriental, como una promesa, sonriente y azul, brilla sobre la marcha rauda de la locomotora. ¡Cuánto inexplorado y riquísimo venero ofrecerá mañana el oriente ecuatoriano y será por tierras ambateñas por donde irán los futuros romeros que marchen hacia el corazón de la tierra prometida! Baños, la fertilísima región del Tungurahua, presentaría entonces ante mis ojos maravillados el espectáculo que interpretó Luis Martínez en las hermosas páginas que acuden a mi memoria: «Cerca de Ambato hay un rincón del mundo, un *microcosmos* prodigiosamente bello: el valle de Baños. Extraña comarca donde la naturaleza hace lujo de contrastes y se burla de las leyes y límites que le asigna el hombre. Allí el verde sombrío de una poderosa vegetación tropical, está dándose la mano con los hielos eternos; allí las grandes hojas de plátano o la corpulenta copa del aguacate, sombrean las peladas lavas del Tungurahua; allí las aguas frías brotan junto a las de ardiente temperatura; allí de los torrentes, cataratas, cavernas, allí de los precipicios insondables; allí lo risueño en consorcio con lo severo, la zona tórrida, con sus pampas, mezclada con la polar».... Todo lo sublime del paisaje estaría emergiendo ante mí, empequeñeciéndome con su infinito, abrumándome con su solemnidad...

Buscando aún un nuevo filtro de dulzura, mis plantas de viandante irían a rozar la grama humedecida de los huertos de Miraflores. Sería una tarde serena llena de un silencio que me permitiese escuchar la tenue voz interior que llena las pupilas de un vaho como de lágrimas y obliga a que la diestra del recuerdo abra el trémulo secreto de nuestro corazón. Vagando por los kioscos caprichosamente formados de cipreses, adivinaría, como apresados por el tiempo y la añoranza, como reflejados por la claridad de una amable luna de ayer, en la sombra cordial de esa tarde, los adorables fantasmas del coloquio. De un macizo de rosas se desprendiera entonces una mariposilla multicolor que se perdería volando por el aire de abril para recordarme de pronto la volubilidad de nuestros ensueños. En un muro deslucido por el tiempo y húmedo aún por el rocío de las madrugadas, con la pálida luz del sol de la tarde, se reflejaría la sombra rosada y vio-

leta de las florecillas de los durazneros y como una nota de color, en el lecho verde claro de sus matorrales, a mi sed de viajero, se ofrecerían los corazones pequeñitos de las fresas maduras.

....

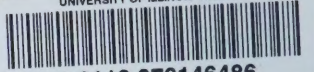
De vuelta al querido solar, por una de sus calles historiadas, me detendría ante la casa de mis padres. El impasible correr de los años puso en sus paredes una pátina amarillenta. Algo del pasado se habría quedado flotando en las estancias, en los amplios corredores y en el jardincillo del patio, en donde sobre las hundidas raíces, viejas ya, devueltas al pródigo seno de la tierra, habrán de alzarse nuevos y nuevos retoños.... ¿Tendría miedo de turbar el sueño del pasado llegando como un niño envejecido....? ¿Podrian inquietarse las sombras del recuerdo, inmovilizadas ya en su remanso de aguas claras, sintiendo la sombra de mi sombra....? ¿Llevaría yo algo de ellos, siendo el mío un retorno de amor?

* * *

Pequeñito solar de Don Juan, lírica heredad a la que habré de retornar algún día en cuerpo y en espíritu, así como voy a ella cotidianamente, en fervor y con encendido cariño. Solar en el que hallaron motivo los poetas y los artistas de ayer y de hoy, y en el que, circundados de tanta dulzura, no podrán ser los hombres amargos. Devolviéndome a él, pediría como Musset, en las vegas de su río, un sauce inclinado, cuya sombra cordial caiga como un llanto mudo sobre la arcilla en la que vayan al fin a fundirse para siempre, la pequeñez de mis sueños y la desmesurada locura de mis anhelos....

Augusto Arias.

QUITO
Imprenta Nacional
1926


UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 076146486